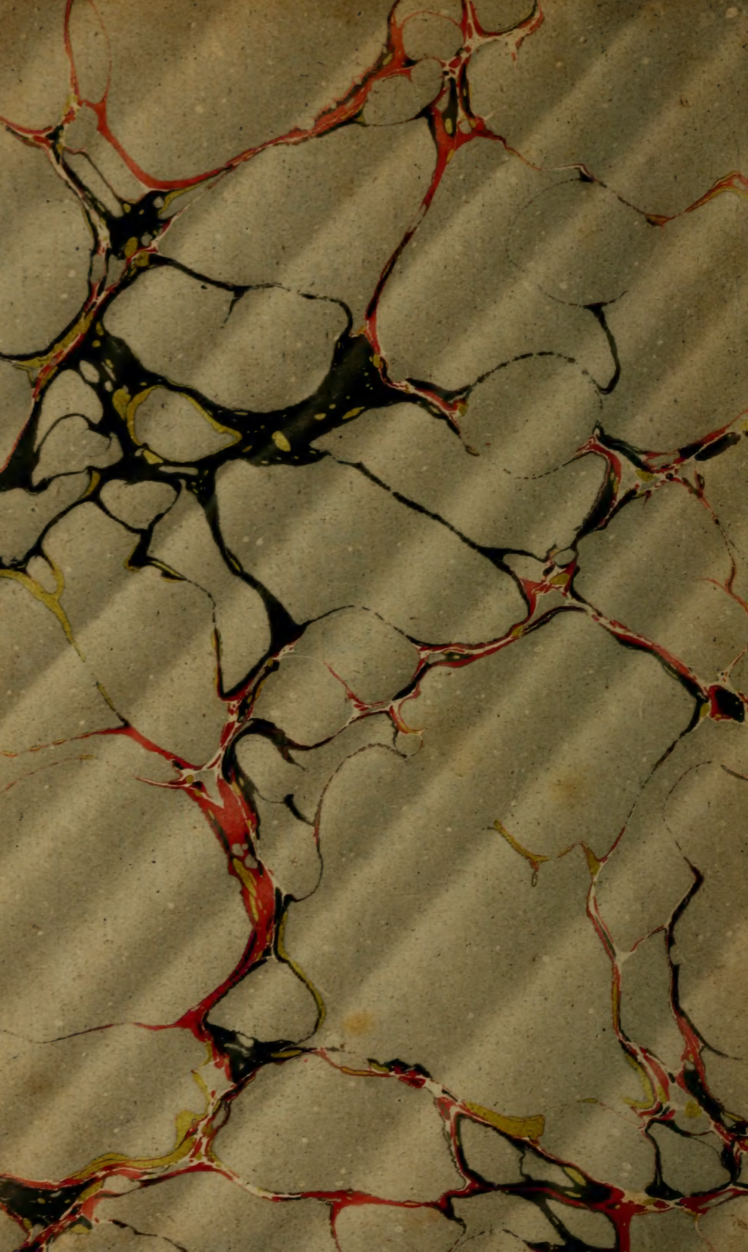

3 1761 07501493 6





EL DIPUTADO

PALACIOS

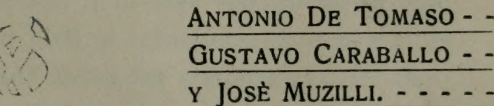
Su separación del Partido Socialista

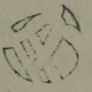
DISCURSOS DE:

LEOPOLDO LUGONES - - -
MANUEL HERNÁNDEZ - - -
ALBERTO GERCHUNOFF - -
RICARDO ROJAS - - - - - -
PEDRO ZONZA BRIANO - -
Y ALFREDO L. PALACIOS.

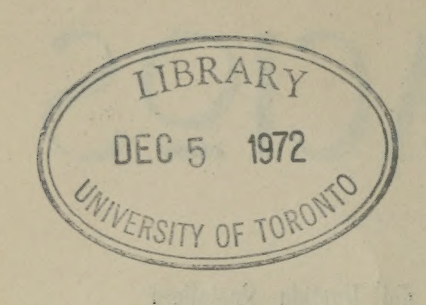
VERSOS DE:

LUIS MARÍA JORDAN - - -


ANTONIO DE TOMASO - -
GUSTAVO CARABALLO - -
Y JOSÈ MUZILLI. - - - - -



1915


LIBRARY
DEC 5 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

DOS PALABRAS

El doctor Alfredo L. Palacios, al abandonar la banca que ocupaba en la Cámara de Diputados, obedeciendo a un concepto de alta moralidad política, fué objeto de demostraciones de simpatía y de homenajes respetuosos por todos los ciudadanos que lo han seguido a través de su ardua labor de diputado socialista, fueran ellos adictos a los ideales por él sustentados o miembros de las diversas fracciones en lucha.

Fuera de su partido como dentro de él, el legislador socialista tiene un sello propio e inconfundible. Ha seguido siempre altivamente su camino, sin una sola vacilación, ajustando su conducta a la más estricta honestidad y luchando viril y entusiastamente por altos ideales desde todas las tribunas: la del Con-

greso, la de la universidad y la de la plaza pública.

Su separación del partido socialista, lejos de restarle prestigios, realza su personalidad, toda vez que las causas determinantes de ese alejamiento se basan en una noble hidalguía y en arraigadas convicciones de dignidad.

Lo incomprensible es que una agrupación democrática, que debiera haber aplaudido las altiveces de su "leader" le haya separado por una disidencia, en lo que se refiere al honor.

Lasalle murió en un duelo al que fué llevado por el amor de una mujer; Jaurés envió un reto caballeresco al ministro Bartoux porque en la cámara le desmintió, y aceptó el desafío de Deroulédé que le provocaba desde San Sebastián; Vandervelde desafió al diputado Brifaud y las actas del duelo fueron publicadas en el órgano oficial del Partido Socialista "Le Peuple", sin que á nadie se le ocurriera separar de la agrupación al hombre digno cuyas injurias no eran irresponsables y que no toleraba el agravio de palabra y menos, por cierto, de hecho. Son conocidos, además, los duelos de Bissolati, de Felice Giufrida y es de pública notoriedad el últi-

mamente efectuado entre Muzolini y Claudio Treves, ambos socialistas.

El diputado Treves, del Partido Socialista Italiano, envió al doctor Palacios el 3 de mayo de 1915, una carta, en la cual, entre otras cosas, le decía refiriéndose a su lance de honor:

“ El “Avanti” publicó un suelto desapro-
” bando mi actitud, aunque declaraba “muy
” explicables” mis razones. Camilo Prampo-
” lin en su periódico “Justicia” me desapro-
” bó amigablemente y asimismo algún centro
” de mi colegio electoral (Bolonia), declaran-
” do que yo había puesto en peligro mi vi-
” da que está dedicada al proletariado. Re-
” cibí después numerosas felicitaciones y te-
” legramas de amigos y compañeros. El Sín-
” dico y la Junta (socialistas) de Bolonia me
” telegrafiaron felicitándome también. No se
” pensó en “ninguna” medida disciplinaria ni
” se propuso alguna en la agrupación políti-
” ca a que pertenezco. Estando en el Par-
” tido se batió Bisolati; yo dos veces y al-
” gún otro sin representación pública. Enri-
” rique Ferri rehusó siempre batirse.

“ En síntesis, las medidas que nuestro Par-

" tido adopta respecto al duelo, son "prohibi-
" tivas" pero no punitivas ".

No obstante todos estos antecedentes, Palacios por defender sus ideales, fué separado del Partido y renunció su banca de diputado.

El doctor Palacios continúa siendo socialista. Su credo no ha variado y ahora como antes—bien claro lo ha manifestado en sus discursos—seguirá bregando por los humildes, por los desheredados, por los que contribuyen con su esfuerzo diario al progreso de la nación. Socialismo que no está reñido con las cosas sagradas de la patria, ya que al contribuir al mejoramiento de la clase trabajadora se labra la felicidad del país.

La labor del doctor Palacios ha enriquecido la legislación social argentina. Y si no es el único, es el que más ha favorecido a la clase productora, haciendo sancionar entre otras, las siguientes leyes:

N.° 4661, sobre descanso hebdomadario.
" 4855, sobre impuesto progresivo a las sucesiones.
" 5291, sobre reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños.
" 9040, sobre inspección y vigilancia di-

recta y permanente en los establecimentos industriales y comerciales.

N.° 9104, sobre descanso dominical en los territorios nacionales.

" 9143, sobre trata de blancas, llamada "ley Palacios".

" 9107, sobre socorros a las víctimas del terremoto del Perú.

" 9114, sobre amparo a los menores abandonados.

Hizo exonerar de patentes a las sociedades cooperativas que no tienen capital preferido ni aseguran cargos en su administración a los iniciadores; obtuvo la derogación del decreto de 8 de noviembre de 1893 referente a los medidores de agua que existían en los conventillos.

Hizo sancionar una ley que establece la inembargabilidad de los pequeños sueldos y de los salarios y otra que pasaba los antecedentes del sonado asunto del Palacio de Oro, cuyas irregularidades él denuncia, a la justicia ordinaria.

Proyectó un Código de Justicia Militar con sus colegas Gallo y Gonnet y un sinnúmero

de leyes, muchas de las cuales han sido ya despachadas por las respectivas comisiones y aparecen en la orden del día, como la que se refiere a accidentes del trabajo, que constituyó una seria preocupación del legislador socialista.

La varonil entereza con que el doctor Palacios ha defendido sus proyectos en la Cámara de Diputados; la serena visión que ha tenido de los hombres y de las cosas; la contracción con que ha dedicado su vida a la defensa de la clase humilde; el noble optimismo que ha puesto en todos sus discursos y sobre todo la ecuanimidad con que ha ofrecido el remedio para atenuar los males que nos afligen, hacen del doctor Palacios el paladín de la justicia y de la bondad.

Y es por ello que los cronistas parlamentarios, que han podido apreciar de cerca su obra intensa y sana, organizaron el homenaje que se efectuó en el Operai Italiani y que congregó lo que de más representativo tiene nuestra sociedad.

Los cronistas parlamentarios.

EL INCIDENTE

En la sesión que celebró la Honorable Cámara de Diputados el día 2 de junio de 1915, y con motivo de la lectura del mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, sobre adquisición de semillas para ser distribuídas en préstamos a los agricultores, se produce un caluroso debate. El diputado doctor Oyhanarte, ataca de una manera personalísima a algunos representantes socialistas.

Después de ocuparse del asunto en discusión, el diputado Oyhanarte dice lo siguiente:

Discurso del diputado Oyhanarte

.. ..

.. ..

Y entonces, señor, yo he traído a esta cámara, a veces en forma de interrupciones que pudieron parecer insólitas, la verdadera situa-

ción de los señores diputados socialistas. Yo no he dicho, como ha creído alguna vez interpretar el señor diputado Repetto, que le envidiaba sus propiedades. No tengo ninguna, efectivamente; pero me basta con mi trabajo para afrontar los problemas de la vida. No le he codiciado sus propiedades, ambición que podría atribuirse en todo caso a mi distinguido colega el señor diputado de Tomaso, que se ha casado con una de sus hijas (*risas*). Si yo he traído esas cosas al debate, si yo he dicho que el señor Repetto tiene propiedades, que el señor Justo las tiene también, habiendo constatado el señor diputado del Barco, el otro día, que no le repugnan estas operaciones de la racha especulativa y que una tierra que le costó 10.000 pesos le produjo una ventaja de 90.000 sólo en una fraccioncita (*risas*); si he dicho alguna vez que el señor diputado Dickmann tiene viñedos en Mendoza, no es tampoco por codiciárselos, como no me hubiera movido tal anhelo si hubiera referido que el señor del Valle Iberlucea, burgués también, ha comprado en la calle Entre Ríos una valiosísima propiedad, que la conozco, y es

muy linda y recomendable. (*Risas*)..... Yo sé que la secta tiene su "modus vivendi", que cuando habla de los terratenientes o de los bienes de mi distinguido colega el señor Pereyra Iraola, por ejemplo, habla de los latifundios, y con rencor y con odio, como el zorro, de la fábula conocida..... Cuando hablan de ellos, cuando se refieren a sus propiedades — a las cosas que contrarían y que barren con toda la doctrina proletaria, entonces, ya no se habla de burgueses, entonces se declaran "felices poseedores".

Sr. Justo.—Propietarios

Sr. Oyhanarte.—Felices propietarios. Poseedores no es exacto; había que esperar hasta los 30 años, porque hasta esa época no dan los títulos de propiedad. (*Risas*). Y a ese destino de ser "felices poseedores", "propietarios" como muy bien me lo hace notar el Phudhomecito de la cámara, cuando él habla de sus propias propiedades, se le titula candorosamente bajo el rótulo de feliz propietario y lo mismo que se vitupera en el burgués de enfrente que tiene propiedades y fortuna, en la propia casa resulta nada más que una independencia eco-

nómica encantadora. Es como decía el señor diputado Dickmann.....

Cuando se trata, señor presidente, de las propiedades que poseen los señores diputados de la secta ya no se les mira con ese rencor con que los fanáticos católicos miran al diablo, a los protestantes, a los mahometanos, o viceversa: los protestantes a los católicos; entonces se habla de "independencia económica".

El señor diputado Dickmann decía que sus viñedos le dan "independencia económica", no le transforman en burgués; será así, pero no deja de resultar curioso aquella protesta contra el alcohol, en él, productor de uva y dueño de viñedos. Cuando yo le hice notar al señor diputado Dickmann su renuncia, me habló de su independencia económica que les daba la circunstancia de ser felices propietarios de viñedos. No tuvo valor para confesarse sencillamente burgués.

Esta serie de hechos está demostrando que el señor diputado Justo, que el señor diputado Repetto, que el señor diputado de Tomaso, que será, no lo deseo, un rico heredero, (*risas*) y lo mismo el señor diputado Giménez cuyo

padre es un dignísimo caballero intensamente rico y no sé que pretenda repartir la herencia o darla al Estado, todas estas circunstancias están evidenciando, decía, que la doctrina está falseada y es por eso que yo con la mejor intención doy estas clarinadas de alarma.

¿Sería posible ver a un católico hacerse representar por un judío o a un judío por un cristiano? ¿Será posible que los trabajadores de mi país tengan burgueses para que los representen en la cámara? Por eso las cosas andan desequilibradas y por eso la influencia de la masa trabajadora es muy limitada en esta cámara, en que les representan los burgueses.

.. ..

.. ..

Decía, señor, que después de mucho bregar y mucho revolver infolios, como el castellano manchego de Cervantes, aquel divino espíritu que reencarna el altruísmo y todas las acometidas locas por el bien, después de mucho investigar dí con el símbolo del sectarismo criollo. Lo hallé, no en un libro, ni siquiera en un comentario de consulta, sino en esa misma casa de la calle Rivadavia!

En esa casa hay un ascensor, señor presi-

dente. En ese ascensor hay una inscripción que yo entrego sin reservas al comentario de la cámara y a la consideración discreta del país. En ese ascensor hay un letrero que dice así: "Este ascensor está reservado exclusivamente para los habitantes—es decir, para los inquilinos—de la casa. Es absolutamente prohibido subir a los vendedores ambulantes, gentes de servicio o empleados de comercio, repartidores, etcétera, para quienes hay cómodas escaleras".

¿Se quiere un símbolo más fiel y exacto del sectarismo. El ascensor—que podría ser en este caso el problema social argentino—el ascensor, ¿para quién? Para el inquilino, para el poseedor, para el que debía pagar los 140 pesos por la bohardilla desocupada; para ellos, los felices, los ricos, el ascensor! Para los pobres, para los harapientos, para los fatigados, para los hombres que deben defender la bandera que pretende sustentar el señor diputado, para esos infelices, menesterosos y desheredados, para esos, señor presidente, no el ascensor, las cómodas escaleras!

He terminado.

Réplica del diputado Palacios

Después de algunas palabras del diputado Repetto, quien se ocupa del asunto en general y de las alusiones personales que le hiciera el doctor Oyhanarte, el diputado Palacios, pide la palabra:

Sr. Palacios.—Aún cuando no he sido aludido personalmente por el señor diputado Oyhanarte, acaso porque no soy propietario, las palabras que acaba de pronunciar referentes a mi partido, al que ha considerado una secta, y las afirmaciones mortificantes, injustas y faltas de verdad en su mayoría, respecto de mis colegas de representación, me obligan a hablar por muy breves instantes.

Sr. Oyhanarte.—Son perfectamente exactas mis afirmaciones.

Sr. Dickmann.—¿Me permite una interrupción?

Para decir solamente a la honorable cámara que tan no somos sectarios, que hemos votado al señor diputado radical Marcó... clerical de nota...

Sr. Palacios.—¡No permito a los señores diputados que me interrumpan!

Sr. Presidente.—Ruego a los señores diputados se sirvan no interrumpir.

Sr. Dickmann.—Hemos votado al señor diputado Marcó para la vicepresidencia segunda de la cámara.

Sr. Palacios.—¡Señor diputado Dickmann: no me interrumpa!

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor diputado Palacios. Ruego al señor diputado que no interrumpa.

Sr. Palacios.—Decía, señor presidente, que las palabras mortificantes pronunciadas por el señor diputado, me obligan a intervenir en esta desagradable incidencia.

He sido el primer representante socialista que se ha sentado en esta cámara, y en nombre de la agrupación a que tengo el honor de pertenecer, el único partido de principios que existe en el país, yo he defendido sus nobles, sus grandes ideales, preocupándome siempre, perseverantemente, de las cuestiones que afectan a la clase trabajadora, a la que he dado todos mis entusiasmos y todas mis energías! Y es este partido socialista, calificado de secta por el señor diputado,

el que ha obtenido en la República las primeras leyes obreras: la del descanso hebdomadario, la que vela por el trabajo de las mujeres y de los niños, la del impuesto progresivo, y otras muchas que aliviaron desgracias de los que trabajan y sufren; y es este partido socialista, que lucha por la justicia y la verdad, el que realizó una eficaz obra de crítica contra sistemas de vergüenza que por mucho tiempo azotaron a la república!

Y estos, mis colegas de representación, que se sientan en la extrema izquierda de la cámara, son los que defendieron valientemente lós principios del partido, los que realizaron con su entusiasmo, con su grandeza moral, la obra de abnegación, de verdadero patriotismo, en favor de los intereses de la clase trabajadora, obra que marcará en nuestra historia política una etapa de progreso!

De ahí, señores diputados la razón por la cual desde mi banca, ocupada honradamente en nombre del partido socialista,—y para que nadie pueda sospechar una complicidad pasiva, —yo quiero solidarizarme con la acción fecunda y generosa de mis colegas de representación, haciéndole notar al señor diputado Oyhanarte

que mi responsabilidad es amplia y llega hasta la "violación de los estatutos", cuando se trata de "defender los ideales del partido al que quiero con toda mi alma"... (*¡Muy bien! ¡Muy bien! — Aplausos en la barra*).

Tramitación de un duelo

Este debate determina la tramitación de un duelo. El diputado Oyhanarte envía sus padrinos al doctor Palacios y este nombra los suyos, actitud que encuadraba dentro de sus anteriores manifestaciones y de la norma de conducta caballeresca que se había trazado al iniciarse en la vida pública.

La separación del partido

El grupo parlamentario socialista, entendiendo que la actitud del doctor Palacios al aceptar los padrinos del doctor Oyhanarte, violaba los estatutos del Partido, produce un manifiesto por el cual declara excluído de la representación socialista al diputado doctor Alfredo L. Palacios.

Por otra parte, el Comité Ejecutivo declara inmediatamente separado de la agrupación al

doctor Palacios, quien considerando injusta dicha actitud, apela de esta resolución al Congreso Extraordinario del Partido que debía realizarse pocos días después.

Nota al Congreso Extraordinario

Aún cuando el Comité Ejecutivo niega esa apelación, el doctor Palacios se dirige de hecho al Congreso Extraordinario con la siguiente nota:

"Ciudadano presidente del congreso socialista: El C. E. ha comunicado a las agrupaciones de toda la república que he quedado separado de hecho del Partido Socialista, con motivo del conocido incidente parlamentario, que tuvo origen en la defensa que hiciera de los ideales y de los hombres de la organización política a que pertenezco. Ha invocado el C. E., para tomar esa medida, el artículo propuesto al voto general, que no ha podido ser incorporado al estatuto, por cuanto no obtuvo la mayoría absoluta indispensable para su sanción en un partido democrático.

He apelado de la resolución del C. E. y me ha sido negado el recurso.

En todos los tribunales de justicia ordinaria de la república se concede apelación, y en el proyecto de código militar que he redactado con otros colegas, representando al Partido Socialista, se otorga en toda su amplitud. Apelo de hecho ante esa asamblea de hombres libres. — Saluda con su consideración distinguida al presidente del congreso.— Alfredo L. Palacios."

El Congreso Extraordinario Socialista por mayoría de votos, pero con la enérgica protesta de la minoría que se retira, niega a su vez el derecho de defensa al doctor Alfredo L. Palacios, sin tener en cuenta su calidad de primer diputado socialista al Congreso Argentino.

LA RENUNCIA

El doctor Palacios, en la primera sesión realizada por la Honorable Cámara, presenta la renuncia indeclinable del cargo de diputado. Con ese motivo pronuncia el siguiente discurso:

Sr. Palacios.—Pido la palabra.

Vengo a este recinto con la misma emoción con que vine hace doce años, cuando proclamado por mi partido para defender sus ideales en el Congreso Nacional, fuí el primer diputado que en América levantó su voz en nombre y representación de los socialistas.

Nada ha variado mi credo desde entonces hasta hoy; apenas si la lucha afanosa por la vida y el correr de los años, han atenuado los apasionamientos juveniles de mi espíritu y me dieron un poco más de tolerancia, esa moderación inteligente—santa tolerancia—que sin

mutilar las energías, amplía los pensamientos y hace más buenos a los hombres! (*Bravos y aplausos en las bancas y en la barra*).

Sr. Presidente.—Prevengo a la barra que le está prohibido hacer manifestaciones.

Sr. Palacios.—He luchado durante quince años por elevar el nivel moral y material de los que sufren, y, en nombre de mi partido, obtuve leyes que dignifican el trabajo y gravan el privilegio; que velan por la mujer obrera, para quien yo he deseado ardientemente la igualdad ante la fuerza y la belleza, con respeto a las mujeres de las otras clases; leyes que suprimen la tortura de los niños en las fábricas y amaparan a los pequeñuelos sin madre, huérfanos de todo afecto, que todavía no han caído, y cuyo delito es el de no haber conocido nunca la dulzura de una caricia materna.

Y amo mi obra imperfecta, realizada en este Congreso, y de ella me siento orgulloso, porque no tengo la fiebre de la perfección inacequible, en la que reside, según un maestro de la juventud, la clave de la insensatez de aquel viejo escultor, Apolodoro, de quien la fama cuenta que, acabado cada uno de sus mármo-

les, no demoraba un punto en destrozarlo a golpes de martillo. (*Aplausos*).

Una disidencia en materia de honor me separa del partido al que dí los mejores años de mi vida y debo irme. Mi honor, señores diputados, es mi dignidad exteriorizada en el conjunto de actos que forman mi conducta. Y nada hay más subjetivo que la dignidad: no he de discutirla.

En el Congreso Socialista, al que fuera con la esperanza de ser escuchado, ví a algunos camaradas que antes se agitaban batiendo palmas para aplaudir mi acción, levantarse con el ademán airado, y me retiré de la sala de sesiones donde se proclamara por primera vez mi candidatura en 1904 y de donde se me acababa de expulsar, como me retiro de este recinto, sin que un solo agravio, sin que un solo rencor manche mi espíritu; reafirmando, señores diputados, mi profunda fe socialista, no obstante el prejuicio caballeresco, que no he podido arrancar de mi alma, porque me viene de la raza, porque lo tengo en mi sangre criolla y castellana (*¡Muy bien! ¡Muy bien! — Aplausos en las bancas y en las galerías*), prejuicio que como socialista, no

puede avergonzarme: lo tuvo Lasalle, al maestro a la vez que caballero sin tacha; lo tuvo Jaurés, apostol de la paz y de la democracia moderna; lo tiene Vandervelde, el sabio y austero compañero nuestro, hijo de la Bélgica inmortal!

Llevo el mismo amor a la libertad que traje; no he admitido nunca la imposición para pensar, para sentir, para querer, y me ha molestado siempre el movimiento isócromo del rebaño que anda. Llevo, en cambio, más tolerancia, que en mí no es excepticismo, porque tengo todavía mucho entusiasmo, poderoso propulsor y porque sigo sintiendo aversión por el prudente de que nos habla Lucrecio, que gozaba, viendo desde lo alto de su templo, tranquilo, como erraban los hombres por el mar agitado...

Señores diputados adversarios en ideas: os he combatido con energía, pero con lealtad, y puedo, por eso, haceros un pedido al retirarme. La ley de accidentes del trabajo está a la orden del día; traedla pronto al debate, para reemplazar la arcaica culpa aquiliana por la moderna teoría del riesgo profesional. Y así

dando seguridad a la familia obrera, habréis trabajado noblemente por la patria.

Señores diputados de la más extrema izquierda; camaradas de ayer: aún fuera del partido que fué para mí una escuela de democracia y contra el que jamás levantaré mi voz, mi acción y mi pensamiento, estarán siempre al servicio de los trabajadores, de quienes tengo el orgullo de haber sido primer representante en esta cámara.

Podéis afirmar con tranquilidad de espíritu que el diputado que se sentó en esta banca, defendió siempre con lealtad los ideales de la agrupación política a que pertenecéis y cooperó a la solidarización de los hombres y a la organización de las fuerzas obreras, lo que constituye una garantía del engrandecimiento de la patria, cuyos intereses, antiguos camaradas, no debéis olvidar ni por un solo instante! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!—Aplausos*).

Señor presidente: presento mi renuncia indeclinable del cargo de diputado nacional. (*Prolongados aplausos en las bancas y en las galerías*).

El doctor Palacios abandona su banca en medio de los aplausos y aclamaciones generales.

LAS MANIFESTACIONES PUBLICAS

Al salir el doctor Palacios del Congreso un numeroso público que le esperaba, le tributó un emocionante homenaje de cariño. "La Prensa", del 13 de julio, refiriéndose a este acto dijo lo siguiente:

"Las galerías, sala de pasos perdidos y demás dependencias contiguas a la sala de deliberaciones de la Cámara se encontraban, desde mucho antes de iniciarse la sesión, completamente llenas de público. Desde hace mucho tiempo no se veía tan enorme concurrencia ni se observaba tan grande expectativa, a pesar de que todos descontaban como un hecho el rechazo de la renuncia.

En la plaza del Congreso, no había menos de 20.000 personas aglomeradas en derredor del monumento a la asamblea constituyente de 1813 y al Congreso de 1816, a fin de ha-

cer una demostración de simpatía al doctor Palacios cuando éste abandonara el palacio legislativo y, al mismo tiempo, para exteriorizar a la Cámara el agrado con que se vería el rechazo de la renuncia. En previsión de posibles alteraciones del orden, la policía dispuso frente al monumento de los dos congresos un servicio especial del escuadrón de seguridad; pero no hubo necesidad en ningún momento de intervención policial, pues el público se condujo con la mayor cultura.

El discurso del doctor Palacios fué varias veces interrumpido por los aplausos de los diputados y de la barra, y el final provocó una ovación general. En seguida el renunciante se levanta de su asiento, cruza el recinto y sale hacia el salón de "pasos perdidos", en medio de aclamaciones generales que partían de las bancas, de todas las galerías y de los asientos inmediatos a la presidencia. Esos aplausos continuaron hasta unos instantes después que el doctor Palacios había abandonado la sala.

.. ..

.. ..

Las demostraciones llegaron a su mayor ca-

lor cuando el doctor Palacios se retiró del Congreso. Toda la barra prorrumpió en aplausos y el renunciante los escuchó también durante el trayecto que recorrió hasta salir del palacio y dirigirse a la plaza del Congreso, pues pasó por entre una doble fila de personas que llenaban las dependencias de la casa.

Cuando apareció en la puerta principal del palacio, fué rodeado por el numeroso público que lo esperaba, entre el cual había gran parte de obreros, y entre vítores y aplausos se dirigió al pie del monumento a los dos congresos, desde cuyas gradas dirigió la palabra al público.

Con viva emoción, el doctor Palacios inició su discurso agradeciendo las demostraciones de que era objeto. Dijo que constituía una gran satisfacción para un ciudadano que recibe un mandato popular, terminar éste con el aplauso del pueblo, que se lo encomendó y volver al seno de sus electores, como en los tiempos de la antigua Roma republicana, para continuar la lucha por los mismos ideales y las mismas esperanzas de bienestar común.

Recordó brevemente su acción parlamentaria de varios años en favor del pueblo traba-

jador, traducida, como fué, en leyes incorporadas a nuestra legislación de trabajo, de positivos resultados para el pueblo laborioso.

Recordó a los socialistas europeos que aceptan el prejuicio caballeresco del duelo y tuvo frases respetuosas para juzgar la actitud de sus camaradas de ayer.

Terminó su breve discurso el doctor Palacios expresando que sus actividades de ciudadano estarán siempre al servicio del pueblo y que su estudio de abogado continuará como siempre, atendiendo a los que carecen de recursos pecuniarios.

El discurso del doctor Palacios fué interrumpido por grandes aplausos los cuales se prolongaron por largo rato cuando aquél terminó su peroración.

En seguida se organizó una manifestación a la que se incorporó la concurrencia de la barra, para acompañar al dimitente hasta su estudio en la calle Viamonte. Se formó una compacta columna que se dirigió por Callao y que al llegar a la calle Viamonte abarcaba cerca de tres cuadras.

Los aplausos y exteriorizaciones de simpatías se repitieron cuando el doctor Palacios,

acompañado de varios amigos, apareció en el balcón de su estudio; habló nuevamente para agradecer las demostraciones de que era objeto.

En seguida se disolvió la manifestación en el mayor orden.

INSISTIENDO EN LA RENUNCIA

Como la Honorable Cámara rechazase por unanimidad la renuncia del doctor Palacios, este, insiste por medio de la nota que damos a continuación, y que fué leída en la sesión siguiente:

"Señor Presidente de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, Dr. Alejandro Carbó:

La resolución de la Honorable Cámara, con motivo de mi renuncia indeclinable del cargo de diputado, obliga mi gratitud, pero no puedo aceptarla, pues entiendo que sólo por el voto de mis conciudadanos en el comicio, podría volver a esa banca, alta tribuna de la representación nacional, que he ocupado con lealtad, en defensa de los intereses colectivos y que abandono con sentimiento, pero con firme e irrevocable propósito.

Al agradecer a los colegas la deferencia de que he sido objeto, me complazco en reiterar al señor Presidente las seguridades de mi alta consideración. — Alfredo L. Palacios".

Con tal motivo se produce el siguiente debate:

Sr. Olmedo.—No he tenido, señor presidente, cumpliendo deberes perentorios, la suerte de encontrarme presente en la sesión anterior, en que la Honorable Cámara, procediendo a mi juicio con todo acierto, negó su voto de aceptación a la renuncia presentada por el señor diputado por la Capital, doctor Palacios.

Ante la insistencia de esta actitud que yo respeto, cuyos móviles elevados comprendo, ruego á la cámara, sin embargo, que se detenga a pensar en la transcendencia que tiene la aceptación o no aceptación de la renuncia.

Por la constitución, la cámara puede separar de su seno, con dos tercios de votos, a cualquier diputado, por razones de inconducta u otras causas tan graves; pero basta la simple mayoría—dice la Constitución misma—para aceptar las renuncias que hagan voluntariamente de sus cargos.

El precepto constitucional tiene sin embargo un comentario mucho más intenso y más transcendente que el que resulta a simple vista de la lectura de esa cláusula.

La representación no es solamente un grandísimo honor, sino un deber impuesto al ciudadano, que en los comicios consagra su nombre como la expresión de la voluntad popular del momento.

El diputado, una vez aceptado por esta Honorable Cámara, no es socialista, no es radical, no es conservador, no es demócrata, no tiene denominación: es un representante del pueblo argentino. No se pertenece a nadie más que al pueblo argentino, no puede representar genuina, legal y constitucionalmente más que a los electores del pueblo argentino. La representación no se subdivide ni por banderías, ni por credos, ni por la ubicación de los electores que han elegido al representante.

La representación es nacional, colectiva, representando cada diputado al pueblo argentino.

Para abandonar la banca, para renunciar a la representación, sólo pueden alegarse causas que se funden en los mismos preceptos de la

Constitución o en incompatibilidades de orden moral, que esta Honorable Cámara ha sido siempre muy susceptible en aceptar inmediatamente que se exponen o que se insinúan. Afortunadamente para el doctor Palacios no existe respecto de su representación ninguna de estas incompatibilidades. No hay ninguna de orden moral, no hay ninguna ni siquiera de esa categoría que sólo se resuelven en el fuero interno de cada uno, de esos conflictos de conciencia que son decisivos respecto de las actitudes públicas de los ciudadanos.

El doctor Palacios no es representante del socialismo argentino: es representante del pueblo argentino. En nombre del pueblo argentino, pues, yo pido que se mantenga al diputado Palacios en el ejercicio de su representación, y votaré en contra de la renuncia presentada. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!—Aplausos*).

Sr. Demaría.—Pido la palabra.

Como acto puramente espontáneo e individual, señor presidente, voy a adherir a la indicación formulada por el señor diputado por Córdoba, porque entiendo que las solidaridades y los deberes políticos que, como miem-

bros de esta cámara, tenemos con los partidos son cuestiones referentes, absolutamente, al fuero interno, al decoro y al concepto del honor político que cada diputado tenga. Pero entiendo al mismo tiempo que esas cuestiones, que esas relaciones entre el diputado y los comités que han proclamado su candidatura no pueden ser motivo que determinen la votación de la cámara, porque, como ha dicho muy bien el señor diputado por Córdoba, desde el momento que ese diputado presta juramento y se incorpora a esta cámara, deja de ser oficial y constitucionalmente un diputado de los partidos, para convertirse en un representante del pueblo argentino.

Creo, señor presidente, que si el concepto que el señor diputado Palacios tiene de su disidencia con el partido que lo ha elegido es absolutamente y realmente irrevocable, ejemplos hay en esta misma cámara de nuevas insistencias; pero creo que él ha tenido forzosamente una obligación, casi diría de decoro, para insistir en su renuncia, para que nadie pudiera interpretar que la renuncia indeclinable que ha presentado a esta cámara era simplemente un acto de formulismo para

obtener que la cámara, por una votación de complacencia o de compañerismo, rechazara esa renuncia.

Entonces, yo quiero oficialmente, de nuevo, dejar constancia de que la opinión de la cámara, leal, honrada y honesta, con el criterio que los hombres de honor deben tener en materia de relaciones políticas con sus electores, es de que el señor diputado Palacios no tiene ninguna obligación de honor ni de decoro para eliminarse de la cámara.

Por estas razones, señor presidente, he de votar en contra de la aceptación de la renuncia.

Sr. del Barco.—Pido la palabra.

De perfecto acuerdo con las manifestaciones de los señores diputados por Córdoba y por Buenos Aires, también he de votar en contra de la aceptación de la renuncia del doctor Palacios.

Yo no creo que él haya sido elegido por el partido socialista, desde que lo ha sido por una enorme mayoría del pueblo de la Capital, y el partido socialista sólo cuenta con cinco mil adherentes en sus comités.

Pienso, por otra parte, que el parlamento y

el país no deben privarse de los servicios eminentes que ha prestado el diputado Palacios durante los varios años en que ha desempeñado un mandato popular. Mi opinión es que la cámara debe rechazar la renuncia, para que el diputado Palacios siga prestando su concurso con la eficacia, el patriotismo y la dedicación que siempre tuvo.

He de votar, repito, en contra de la aceptación de la renuncia.

Sr. Padilla—Hago indicación para que se lea de nuevo la renuncia.

—Se lee.

Sr. Roca.—Pido la palabra.

Sr. Araya (P.)—Pido la palabra.

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor diputado Araya.

Sr. Roca.—Yo creo que la he pedido con anterioridad al señor diputado por Santa Fe.

Sr. Presidente.—No había oído al señor diputado y creía que quien había pedido la palabra era el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Roca.—Yo la pedí un instante antes que él.

Sr. Araya (P.)—No tengo inconveniente en que hable el señor diputado, y con el mayor gusto lo escucharé.

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Roca.—Yo pensaba, cuando se dió lectura de la nota del señor diputado Palacios insistiendo en la renuncia presentada y rechazada en la última sesión de la cámara, dar mi voto favorable a la aceptación, entendiendo en esa forma prestar un cumplido homenaje al desinterés, a la integridad y a la rectitud política que revela el hecho mismo de la renuncia y los términos en que está redactada; pensaba también que de esa manera podría darse ocasión a que se cumpliera el anhelo que esta nota manifiesta, de someterse nuevamente al voto de los ciudadanos de la Capital, pidiendo la ratificación de su mandato; pero los conceptos de orden fundamental que ha expresado el señor diputado por Córdoba doctor Olmedo determinan y orientan mi voto en el sentido negativo, y he de darlo así, con tanto más placer cuanto que he sido a diario un testigo de la consagración, de la inteli-

gencia y del patriotismo con que el doctor Palacios ha desempeñado su cargo de diputado al Congreso de la Nación.

Me honro, señor presidente, yo, que no sólo he sido su colega de cámara, sino su compañero de comisión durante todo el tiempo que ha desempeñado su mandato, en dejar público testimonio de este sentimiento y de este juicio.

He terminado.

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Araya (P.)—En algún diario de esta Capital se me ha hecho aparecer votando por la aceptación de la renuncia del señor diputado Palacios. Debo decir que en el momento en que iba a ocupar mi banca fuí sorprendido estando de pie, por la votación de la cámara; si la hubiera alcanzado oportunamente, habría votado por el rechazo de la renuncia del diputado Palacios, por razones de estima personal y por considerar que él constituía un merecido reconocimiento de la eficacia de su labor parlamentaria.

Esta rectificación es la que deseaba hacer, señor presidente.

Sr. Gallo.—Pido la palabra.

Tendría, por mi parte, que formular fundamentales reparos a las consideraciones en que ha basado su voto el señor diputado por Córdoba, doctor Olmedo; pero importaría ello entrar en un debate, quizás inoportuno en este momento.

Declaro que de acuerdo con mi criterio del caso y disintiendo de opinión con el señor diputado Olmedo, yo, en la situación del señor diputado Palacios, haría lo que él ha hecho: presentar la renuncia e insistir en ella.

Sr. Olmedo.—Yo también, señor diputado.

Sr. Gallo.—En consecuencia, si esa habría de ser mi actitud, entendería no ser lógico ni rendir al señor diputado Palacios y a la inspiración que determina su conducta, el homenaje que esa actitud merece, si negara mi voto a la aceptación de la renuncia que con él llega por segunda vez hasta la cámara.

Entonces, señor presidente, por ese concepto, y aunque haciéndome una violencia por la amistad que me vincula al señor diputado Palacios y lamentando su separación de la cámara por la inteligencia, por la laboriosi-

dad y por el patriotismo con que dentro de ella ha trabajado, voy a votar por la aceptación de su renuncia, teniendo en vista, además, la insistencia y los términos categóricos en que la formula, declarando que es su resolución irrevocable.

Sr. Santillán.—Pido la palabra.

Sr. Avellaneda (M. A.)—Pido la palabra.

Sr. Santillán.—Creo, señor presidente, que es el momento de salir en esta cuestión del terreno de las lisonjas personales. Yo no voy a entrar a ellas ni lo voy a nombrar al señor diputado Palacios. (*Hilaridad general*).

Varios señores diputados.—¡Ya lo nombró!

Sr. Santillán.—Tenemos por delante, señor presidente, una renuncia venida por segunda vez a la consideración de Honorable Cámara; y surge considerar ahora una cuestión planteada por un parlamentarista viejo e ilustrado como lo es nuestro distinguido colega el señor diputado Olmedo, quien la presenta aportando conceptos fundamentales. Yo no la recojo, señor presidente, porque no estoy preparado para ello y no puedo, por consiguiente, ilus-

trar a la cámara sobre este particular; pero quiero recordar a la cámara—y es de esperar que los señores diputados miembros del partido socialista aporten su criterio en esta cuestión—quiero recordar a la Honorable Cámara, decía, que el país ha asistido a un debate enojoso, impugnado de falta de patriotismo, porque no se cantó el himno de la patria, porque no se rindieron los homenajes debidos a la fecha clásica de nuestra independencia, en que el congreso socialista deliberó esta cuestión del señor diputado Palacios, que nos trajo a este recinto el pueblo en masa de la Capital, para hacernos llegar en forma inequívoca su anhelo de que ella no fuera aceptada para que este recuerdo sea precisamente el que importe una razón más de ser al reciente criterio que disiente por motivos hasta institucionales a la aceptación de esta renuncia.

Hay, pues, una cuestión fundamental, señor presidente, cuyos aspectos no puede la cámara dejar de contemplar en estos momentos, y aunque parezca baladí yo creo que la mera y simple aceptación de la renuncia del señor diputado Palacios pone a la cámara...

Se queja un señor diputado de que haya nombrado al señor diputado Palacios, no obstante mi promesa de no hacerlo; manifiesto al señor diputado que es necesario hacerlo, pues aquella promesa no fué sino una paradoja.

Prosigo, señor presidente, manifestando que es indispensable contemplar el aspecto de estas cuestiones, para que no estemos aquí siendo vehículos más ó menos superficiales o livianos, si me fueran permitidas estas expresiones, y asintamos así de primera impresión a la separación de un miembro de esta cámara por controversias y cuestiones que han tenido lugar en un teatro completamente diferente a aquél en que deben discutirse las cuestiones que ésta renuncia provoca.

Yo creo, señor presidente, que es necesario intensificar más esta cuestión, y cabe esperar de miembros distinguidos de esta Honorable Cámara que se pronuncien sobre este aspecto verdaderamente constitucional y político que entraña esta renuncia.

Yo, con estos antecedentes, señor presidente, he de votar también en contra de la aceptación de esta renuncia.

Sr. Presidente.—Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Avellaneda (M. A.)—La había pedido nada más que para decir que, en definitiva, lo que hay es la renuncia de un diputado. El ser diputado al Congreso de la Nación es un cargo, no es una carga. De manera que si hay un diputado que, por segunda vez, reitera su propósito de apartarse del seno de esta Honorable Cámara, me parece que lo correcto sería acceder a ese deseo, con tanta más razón cuanto que la Cámara de Diputados se renueva cada dos años y cuando estamos próximos a los comicios de abril, en que el señor diputado renunciante, si es que el pueblo de la Capital tiene el propósito de darle su voto, puede nuevamente volver a incorporarse a la cámara sin los reatos y los compromisos que, según él y según el diputado que habla, le obligan en este momento a adoptar esa actitud.

De manera que, en virtud de esas consideraciones, yo quiero que quede expresa constancia de mi voto en favor de la renuncia formulada y reiterada por segunda vez.

Sr. Vedia.—De desear sería, en todo caso, que se abriere al renunciante la apelación inmediata al comicio...

Sr. Presidente.—Si no se hace uso de la palabra, se votará si se acepta la renuncia presentada por el señor diputado Palacios.

—Resulta afirmativa.

EL HOMENAJE DE LOS CRONISTAS

Los cronistas parlamentarios, en prueba de adhesión a la labor realizada por el doctor Palacios, en la Cámara de Diputados, organizaron el homenaje de que da cuenta la siguiente invitación que se dirigió al público:

"Los que subscriben invitan a usted a la comida que se ofrecerá al doctor Alfredo L. Palacios, al miércoles 21 del corriente a las 8 p. m., en el local de la Sociedad Operai Italiani, Sarmiento 1377, como una forma de demostrarle el agrado con que han visto su actuación parlamentaria.

Leopoldo Lugones, Manuel Hernández, Pedro Colombo, Julio Costa, Ponciano Vivanco, Manuel López Weigel, Perfecto Araya, Julio de Olazábal Pueyrredón, Jerónimo Del Barco, José Luis Fernández de la Puente, Mariano Demaría, Josué Quesada, Francisco Aní-

bal Riú, Manuel Rojas Silveira, Joaquín de Vedia, Florencio Madero, Carlos González Bonorino, Armando Maffei, Leopoldo Melo, Carlos M. Biedma, Raúl R. Franchi, Alejandro Gancedo (hijo), Carlos Melo, Juan Carlos Martínez, Ernesto H. Celesia, Víctor G. Molina, Antonio Fernández Peña, Ricardo Tomasi, Guillermo Madero, José Pezzi Mendoza, Alfredo López Prieto, Luis María Jordán, Alberto Gerchunoff, José Luis Pearson, Emilio Fernández Gorgolas, Francisco Costa Paz, Raúl Casariego, Teodoro Berón de Astrada, José A. Cortejarena, Gustavo Caraballo, Alvaro Melián Lafinur, Luis Bouchet, Ricardo Rojas, Víctor French Matheu, Carlos M. Biedma, Pedro Zonza Briano, Manuel Carlés, José María Rosa (hijo), Ignacio Orzali, Raúl Helguera Belgrano, Ignacio N. de Piérola, Enrique de Mouliá, Benjamín Tagle Lara, Miguel López Prieto, Raúl Pérez Avendaño, Alberto Núñez, Aquiles González Oliver, Lorenzo Fernández Duque, Ismael Busich Escobar, Alfonso de Laferrere, Juan J. Atencio, J. Isaac Arriola, Manuel Gálvez, Gustavo F. Santillán, Héctor C. Quesada, Atilio Palma, Enrique Loncan, Carlos Nicora, Enrique Rottger, Leo-

nidas Zavalla Carbó, David Peña, Ricardo Patiño, Horacio Villa, Ulises Fernández Nardelli, Jorge Taverne, Pascual Guaglianone, Pedro Blanco, Pedro Munilla, Juan Carlos Borri, José León Rodeyro, Edmundo Calcagno, Julián Pera Martínez, Julio Sánchez Gardel, Manuel López Prieto, Alberto T. Weisbasch, Adolfo Maissonave, Vicente Ricardo López, Manuel Caro, Manuel Otamendi, Alberto Feijoo, José F. Anitúa, Emiliano Alvarez, Angel B. Gema, Juan Munilla, Francisco Morteo, José Cosentino, Alfredo Rottger, Eliseo Cordido, Antonio Ronco Oliva, Horacio Martínez, Alejandro Russo, Martín L. Pico, Gustavo E. Ford, Amado Viale Laprida, Ricardo A. Paz, Enrique Feimann, Frumento, A. Matía, J. J. Berruti, Hilario Sans, Gabriel Basavilbaso, Alejandro Mantecón, Felipe S. Brito, Leonidas Ruiz Cordero, Juan Arroquí, Elías Niclison, Marcelino Paz, Eduardo Paz, Alfredo Gallo, Alfredo Gaete, Teodoro Becú, Hilarión Larguía, Celestino Pera, Guillermo Anzó Quintana, Enrique H. Burgos, Julián V. Pera, Antonio de la Vega, Carlos de Soussens, Emilio Machado, Alfredo Torcelli, Alfredo Scarano, Julio J. Cortínez, Rafael

Peacan del Sar, Marcelo Peacan del Sar, Antonio Martínez Campos, Rafael Martínez Campos, Carlos Baigorri, Gerardo Goris, Ricardo Solá, Víctor Delfino, Ignacio P. Cichero, G. Afanni, Joaquín Avalos, Norberto B. Alsina, Emilio Biajosch, Eduardo Basso, Esteban Romanielo, Martín Cabrera, Angel Limonia, Tomás Masotta, José Muzzili, Atilio Zani, Enrique Carriego, Augusto Caret, Adolfo Mulman, René Bastianini, Alfredo Fagioli Alberico, Octavio Fernández, Francisco Goirán, Jorge Jiménez Piéres, Emilio V. Gichard, Filiberto Oliveira César, Salvador Godoy, Juan C. Durán, Alfredo García de la Mata, Francisco Gicca, Horacio Jérez, M. Kutijn, Oswaldo Léderer, José Lutzky, Humberto Ortiz, Manuel Pintos, Enrique H. Rozenzuaig, Juan A. Villegas, Jaime Francisco Vidal, Rafael de Zavalía, José Ruiz Moreno, Alfredo Navarro, Fernando López, Pacífico Rodríguez Villar, Esteban Delgadino, Haiter Baliño, Alfredo Supeña (hijo)."

El banquete

El diario "La Nación" al referirse al banquete que fué servido en el salón del Operai Italiani, dijo lo siguiente:

"En el homenaje que le fué tributado anoche, el doctor Alfredo L. Palacios, debe haber recibido una de las más grandes y más íntimas satisfacciones de su vida pública.

Alejado del escenario habitual de su acción y de sus triunfos, el doctor Palacios ha podido apreciar en la mesa tendida en su honor, cómo su actuación política, su consagración de universitario y su condición caballeresca le han atraído tan múltiples simpatías y cómo su obra tan noblemente cumplida ha sido de tal forma juzgada elogiosamente en los más diversos círculos.

Hubiera sido el local donde se realizó la fiesta muchas veces mayor, de igual manera que lo fué anoche, habríase visto repleto de concurrencia.

En las primeras horas de la tarde de ayer se habían solicitado todos los asientos para el banquete de la noche y fueron más numerosos los grupos que acudieron en vano a pedirlos luego.

No perdió por ello el homenaje ni su significación ni su brillo. Fué, por el contrario, un acto imponente y emocionante. El vasto local aparecía empequeñecido en su aspecto

por la muchedumbre que lo llenaba totalmente. Al entrar el doctor Palacios fué saludado por una ovación que duró largo rato.

Lo acompañaban en la cabecera de la mesa don Leopoldo Lugones, diputados Mariano de Vedia, Martín Reibel, Emilio Mihura, Mariano Demaría, Manuel S. Fernández, Jerónimo del Barco, José Santillán, Manuel Bonastre, señores Florencio Madero, David Peña, Manuel López Weigel, general Uriburu, Ricardo Rojas, Manuel Gonnet y otros.

Servido el banquete, púsose de pie don Leopoldo Lugones, pronunciando el siguiente magnífico discurso:

DISCURSO DEL Sr. LUGONES

Creo interpretar la significación de este acto si digo que con él celebramos el recobro de un hombre libre. Y no, siquiera, en el seno de la amistad o de la admiración, que ya bastaran de suyo, sino dentro de sí mismo, por reacción de la específica cualidad avivado con el golpe, como al sílice arrojado entre el guijarral le salta el alma en una chispa. Van también implícitos en ello nuestro homenaje a la conducta de una pieza, nuestra solidaridad con la actitud del indomable caballero, nuestro voto de simpatía hacia el luchador cuya entereza es la plancha de acero estoico mordida con gallardía viril por el rasgo de la estampa mosquetera. Mas, no es el caso de seguir comentando, al constituir nuestra presencia en este acto, su mejor definición. No la inspiran, desde luego, ni la política,

que aun sobreentendida o insinuada, alejaría de aquí a muchos, entre los cuales me cuento; ni la protesta contra una arbitrariedad sectaria, sin importancia especial en su genérica pequeñez; ni la reivindicación moral de quien por cierto, no la necesita. Lo que honramos es la noble actitud personal, en cuanto ella revela la integridad de una fuerza cada vez más escasa, y con ello, más necesaria cada vez: la fuerza individualista que por su propia virtud es cabeza y centro, do quier se halla, lo mismo como grano de arena que como encumbrado monte; pues las energías eficaces del mundo, son unidades, no sumas, y de esta suerte puede valer más que el monte gigantesco el grano de arena cristalizado en diamante.

De aquí lo que nunca entendieron las sectas, ni lo entenderán jamás; he aquí lo que constituye el objeto central de sus odios; he aquí también, amigo bien amado, la causa profunda de su expulsión, que no es sino el resultado de una progresiva diferencia. Es que usted, individualizado por la meditación y por la lucha, por el prestigio de su elocuencia y la gallardía tan personal de su ac-

titud, era ya una cosa más importante que un diputado socialista. Usted desigualaba la representación en una forma intolerable. Y con ello también desigualábase de su partido. Usted empeñábase en mantener, sencillo y puro, este principio de justicia: que a todo exceso individual, puesto fuera de la ley por divergencia irreducible entre ésta y el ambiente, o por contradicción consigo misma como en el caso de la inmunidad parlamentaria, deben corresponder ciertas compensaciones individuales de carácter análogo: pongamos por caso, el peligro voluntario de la vida—que es siempre un bello espectáculo moral—ante el detrimento de la honra, más amargo que la muerte. Pero eso contrariaba el espíritu sectario que, empezando por adjudicarse la posesión de la verdad, resérvase también el derecho de ajusticiar sin apelación a los disidentes; ora por medio de la ley, cuando está arriba, ora por agencia anticipada de la calumnia y del insulto. Usted era, con todo esto, algo muy argentino, muy nuestro, muy criollo, sin dejar de ser perfectamente socialista. Pero, otra característica de las sectas consiste en no tener patria, porque esto es

ya una forma del odiado individualismo, y he aquí lo que tampoco podían perdonarle. Criollo, en boca de nuestros socialistas ortodoxos, es un insulto que emplean con abundancia, sobre todo para calificar las cosas políticas. Pero entre muchos malos políticos que hemos tenido, fueron también políticos criollos Rivadavia y los constituyentes del 53, Sarmiento, Mitre, Roca y Sáenz Peña, a quien los mismos socialistas consideran digno de la estatua; políticos criollos, y el último especialmente, fruto acendrado de la peor política criolla. Mas lo que con ello significa y caracteriza el socialismo, es su naturaleza de partido extranjero; lo que con ello fomenta es el despecho recóndito que responsabiliza ciega e inícuamente a nuestra tierra, de miserias y dolores padecidos en otras; lo que busca es desprestigiar nuestra nacionalidad, que no le interesa, nuestra indiviualidad gentilicia, que le estorba porque difiere, para reemplazarlas con el padrón sectario cuya aspiración inmediata y final formula el más crudo materialismo. Así, iniciando un paralelo en el cual he de insistir mucho todavía, así proceden también los je-

suítas: ellos también condenan el duelo y tampoco tienen patria.

Dos hechos significativos del reciente congreso abonan todavía estas conclusiones. Habíase anunciado que siendo su inauguración el 9 de julio, un diputado socialista invitaría a los delegados para que se pusieran de pie en homenaje a la independencia argentina: acto de política criolla, sin el cual, por cierto, no habrá aquí diputados socialistas. El partido rectificó la noticia con áspera viveza, como si ella comportara la sospecha de una mala acción. El otro hecho es la aspiración formulada de que se adopte aquí el sistema parlamentario: la peor calamidad que puede caer sobre un país; calamidad superior a la misma monarquía, puesto que significa la multiplicación del amo, rebajando infinitamente su nivel. Pero esto es bien natural en representantes que tienen por modelos constitucionales al Reichstag alemán, parlamento castrado donde los ministros de guerra entran haciendo sonar el simbólico latiguillo sobre la caña de la bota, o a la Duma rusa, instalada por gracioso capricho de su majestad el emperador. Hay que haber visto funcionar el sistema, en

Francia, por ejemplo, donde los socialistas unidos a la reacción clerical trabajaban ayer mismo contra la república por ganar una veintena de bancas. Y no es extraño. Todas las sectas se parecen, por no decir que son iguales, en el fin y en los medios, difiriendo tan sólo cuando se trata del dominio a que aspiran. Y esto hasta en los pequeños detalles, más significativos, precisamente, por lo mínimos que son. Así, la prensa socialista ortodoxa, califica a toda la que opina de otro modo, con una frase carcterística de la propaganda clerical: "la mala prensa". La expulsión del amigo a quien acompañamos, es un caso típico de disciplina sectaria. Nada más fácil que arreglarlos, reconociendo con ello los méritos del tribuno y la eficacia de su acción futura, mucho más importantes para el partido que la violación de una cláusula sin alcance colectivo, puesto que sólo atañe a ciertos casos personales: todo habría consistido en sancionarla optativa, a título de aspiración filosófica. Esto era lo que indicaba claramente el sentido político. Pero la falta del réprobo no estaba en el desafío, sino en la rebelión contra el dogma. Quince años de sacrificios

y de méritos eminentes, nada fueron para con eso. Así la Iglesia castiga con el infierno la omisión de un solo precepto ritual, aunque ello anule las virtudes de una vida.

Por esto, amigo Palacios, nos urgía que saliera usted de ahí. Hace usted falta en otra parte, es decir: en aquella soledad de león que cubre su área con sólo batirla al posesivo andar, alta en la sombra el ascua de oro de sus ojos inevitables, noble en su peligro sin descanso y sin ayuda, potente en el bloque de su valerosa serenidad, y cuyo aislamiento no es sino una vasta ausencia de miedo. Con cuánta impaciencia lo hemos esperado, mas también, usted lo sabe mejor que nadie, con cuánto respeto por sus convicciones y su actitud, con cuánta simpatía sin doblez por sus éxitos de legislador y de tribuno. Hace usted falta y otros muchos como usted, porque llegan duros tiempos. Hay reacción de todas las fuerzas opresoras, entre las cuales hállanse, desde luego, las sectas. El despotismo, cuya primera agresión triunfa siempre, viene en batalla, asistido por todos sus cómplices. No falta uno, desde el Gran Turco hasta el Papa; y el socialismo alemán,

dechado originario, raíz y tronco de todos los socialismos, no ha querido, a su vez, eludir la cita. Entonces se ha descubierto este hecho monstruoso: el tal organismo era un instrumento de espionaje y de traición, que propiciaba el desarme de los pueblos, con mentidas seguridades, para entregarlos a discreción en poder del amo, cuya política resultó ser también la suya. Ningún socialista lo ignora, si bien lo callan por disimular el ignominioso desengaño. Dos semanas antes de estallar la guerra, en Bruselas, precisamente, el socialismo alemán sorprendía una vez más la confianza ingénua, sin duda, pero generosa de Vandervelde y de Jaurés.

Ni podía ser de otro modo. El socialismo es un invento alemán y participa del carácter pecualiar a las instituciones políticas del imperio: el materialismo, que todo lo reduce a la satisfacción de necesidades y goces físicos; la fe exclusiva en la fuerza bruta de las masas, y la consiguiente supresión de individualidad; la aspiración al dominio universal por el aplastamiento sin misericordia; la disciplina, prusiana por definición. Un eminente escritor alemán ha dicho que en materia de

disciplina, y como elementos de dominación, existen dos instituciones perfectas: el ejército alemán y la Compañía de Jesús. Ese ejército, para quien ayer trabajaba el socialismo bajo el látigo levantado, lo refundió ya en su masa colosal, bajo el látigo consentido. El socialismo desenmascarado por la guerra, y el papado neutral, son, hasta hoy, las dos únicas derrotas definitivas.

Pero estas cosas, mi noble amigo, pertenecen ya al pasado. Lo interesante, ahora, es su porvenir, y yo quiero anticiparle, con mi propio caso, lo que a usted le va a pasar.

Ante todo, le dirán a usted anarquista. Las sectas no perdonan jamás al que las deja, y aquella palabra es la fórmula invariable de su odio: lo cristaliza como un diamante negro que viene rodando desde el fondo de la historia. Está en la comedia reaccionaria de Aristófanes, y en la estrofa de nuestro "Martín Fierro", para zaherir al remiso que no quería votar la lista del comité. Brilla en los labios fervorosos del legislador socialista y en la lengua devota del clérigo predicador. Es el elemento precioso que define la identidad de los sectarios en el mismo odio contra la volun-

tad del hombre libre, cuyo vigor le viene de esforzarse hacia arriba como los árboles vivos, no de estar clavada como los postes sin savia. Y vea Vd. si es verdad. Vez pasada cuando un diputado socialista me injurió en la cámara con el famoso epíteto, algunas voces amigas—y legislativas como la suya—alzáronse protestando contra la agresión. Al día siguiente, toda la prensa, la mala prensa, comentó favorablemente aquéllo. Dos diarios tan sólo, la buena prensa, coincidieron en la alabanza de la injuria: "La Vanguardia", órgano del partido socialista, y "El Pueblo", órgano de la curia eclesiástica.

Esta leyenda de mi anarquía, que mañana hará la suya, no habría resultado completa sin la colaboración de los anarquístas mismos. Resulta, así, que el otro día, me piden de "La Protesta" colaboración para un suplemento literario, a lo cual respondí en estos términos: "Siendo dicho periódico anarquista, y yo no, me es imposible acceder a su pedido sin clasificarme en un sistema que, al igual de cualquier otro, no acepto ni me conviene. He sistematizado mis ideas conforme a un criterio enteramente personal, que no excluye mi de-

recho humano a ser débil y contradictorio — pues creo que en esto consiste, esencialmente, la libertad — no estoy dispuesto a limitarme con ningún "ismo". Soy un filósofo libre, para quien carecen de interés las coincidencias y las separaciones en uno u otro sentido, si bien aprecia con simpatía todo esfuerzo generoso en pro de cualquier ideal. Por otra parte, entre mis sentimientos y mis convicciones, prefiero a aquéllos. Un amigo vale para mí más que un principio, y una vida, por defectuosa que sea, más que un programa filosófico. La austeridad, si la poseo, es para mí, porque soy el único sobre quien tengo derecho a exigirla. El resto de los hombres, burgueses o no, cuenta con mi respeto, ante todo, para sus miserias, que, por humanas, también son mías. Con esto he abandonado toda predilección hacia tal o cual grupo, y creo con tranquila modestia, que es así como seré eficaz. A semejanza de aquellos extremos paladines que para conservar más puro y vivo su amor, alejábanse del objeto amado, es, precisamente, mi afección por el pueblo lo que me inmpide acercarme a él".

Pero esto requiere todavía otra aclaración,

importante porque despeja la senda común tras el vidrio delantero de mi linterna.

El colectivismo y el individualismo, no son cosas desconocidas aquí sino para los extranjeros de alma o de nacimiento que ignorando nuestra historia, propónense regenerarnos con la supuesta maravilla. El colectivismo, lo conocemos por experiencia: es el sistema "indiano" de la España colonial, llevado a la perfección en el imperio Jesuítico. He aquí el elíxir de juvencia que se nos reimporta con marbete alemán, bajo las especies de jesuitismo rojo. El individualismo, que como aspiración definitiva consiste en el auto-gobierno absoluto, y como sistema práctico en la eliminación progresiva del gobierno, bajo la conocida fórmula: "a menos gobierno más libertad", es cosa de filósofo y estadistas que nada tuvieron de ácratas: por ejemplo, los primeros constitucionalistas de los Estados Unidos fundadores de aquel país colosal que ya encabeza la civilización futura. Para ellos, los Adams los Madison, los Hamilton, los redactores del famoso "Federalista", existía realmente un antagonismo fundamental entre la libertad y el gobierno. Así lo expresaron y creyeron, y

así fué como llegaron a fundar la primera nación del mundo. Lo que con ello hicieron fué poner en práctica las ideas de Rousseau quien, en su "Contrato" catecismo de aquellos admirables constructores, había dicho: "Nunca el más fuerte lo es tanto como para convertirse en amo, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber" (lib. I, c. III). "Así que se puede desobedecer impunemente, se puede también legítimamente (Ibid). "Cuando el estado crece, la libertad disminuye" (lib. III, c. I). Tal se expresaba Diderot, el Hércules de la Enciclopedia, y tal fué el espíritu de la Revolución francesa, detestada igualmente por la Iglesia y por el socialismo. Ideas viejas, se dirá, si puede envejecer lo que está vivo en forma de naciones tan vigorosas como los Estados Unidos y como Francia. Pero todo el sistema spenceriano llega a la misma conclusión: "el gobierno es un mal necesario". El gobierno cuyos poderes desean centuplicar aun los políticos socialistas, por supuesto que para gobernar ellos.

No se me oculta que en los Estados Unidos bajo la influencia de la inmigración alemana y ante el progresivo fracaso que de suyo com-

porta el carácter transitorio de la democracia, va preponderando una tendencia colectivista. Está bien: pero, ¿qué resulta de inmediato? La caracterización dictatorial del poder ejecutivo que ya facilitó empresas filibusteras como el salteo de Panamá, la creación de los famosos gobiernos fuertes, y con ello, el doble simultáneo azote de la demagogía y del caudillaje. Todo esto, decíase, ha de contrarrestarlo el pueblo. Pero, ya estamos viendo lo que pueden los pueblos "colectivizados", diremos así, bajo sus gobiernos fuertes. Allá van exterminándose en masa, arrastrados como las hordas antiguas por la fatalidad de una guerra diplomática y helada que decretaron en secreto los gabinetes sin entusiasmo popular, sin esperanza, sin ilusiones, dirigida por generales viejos a quienes nadie conocía, y fracasada ya para todos en un desastre sin compensación, fruto siniestro de veinte siglos de obediencia.

Pero, aquí hubo también de aquellos anarquistas, organizadores y fundadores de estados: D. Esteban Echeverría, "político criollo" que murió en la miseria y tiene una estatua, a semejanza del anarquista Rousseau, quien

duerme el sueño de paz en el Panteón de las glorias francesas. Alberdi, "político criollo" y padre de la constitución, a quien puede condenarse por haber dirigido la libertad individual, mientras definía la libertad como "la obediencia de sí mismo". Es que en el estado a la americana, en la democracia nuestra, la "persona eminente" como dicen los tratadistas, no es aquella institución, sino el ciudadano. La institución es mía y para mi servicio, en tanto que yo no soy de la institución: principio desarrollado con energía y elocuencia singulares, por otro "político criollo", individualista, si los hay, el eminente pensador católico D. José Manuel Estrada.

Y aquí encaja con amenidad un episodio reciente cuya mención vale la pena. El clérico catamarqueño D. Alberto Molas Terán, cuyo nombre menciono porque firma sus publicaciones, acaba de criticarme en una serie de artículos, uno de los cuales dice:

"De don Leopoldo pedante y anticlerical, de don Leopoldo en cuanto es traslado de Monsieur Homais, ríome con verdadera y sabrosa satisfacción, sabiendo porque me río, pero de don Leopoldo el ácrata, tengo miedo,

como se tiene miedo de cualquier anarquista. Lugones no es un anarquista cualquiera; es un ácrata diez mil veces más peligroso que los exportados por la ley de residencia, y si como tal no está en la cárcel, es que no hay policía en la República Argentina".

El decidido sacerdote tiene razón. Conforme a las infames leyes llamadas de defensa social, yo debiera estar en la cárcel y haber perdido mi ciudadanía. Jáctome, en efecto, de haberlas violado en todo lo que tienen de opresor para la libertad de pensar, y declaro que seguiré violándolas. Cuando en los días de aquel centenario de la libertad celebrada bajo el estado de sitio, sancionó esas leyes el dócil congreso del 25 de enero, sentí, como si me dieran una manotada de hielo en el corazón, que una infinita vergüenza había caído sobre mi patria. Y decidí entonces, en silencio, como se decide para ejecutar, que yo haría por mi cuenta lo que la ley no quiere: y esto a fin de probar que hay siempre corazones argentinos donde la libertad puede vivir con honra: que a despecho de todos los extravíos tiránicos, no hay en mi país despotismo que resista a la voluntad de un hombre libre. Sí,

pues, yo he violado la ley; yo he salvado anarquistas de la deportación y de la cárcel; y algunos, para mayor perfección, me han sido ya ingratos. El señor Molas Terán está en lo legítimo y yo lo felicito por su valor moral: él cree descubrir mi anarquía y saca las consecuencias. Otros hay que también la descubren y viven gritándola a toda voz, si bien ahí detiénense, reticentes, para que a dichas consecuencias se encargue de sacarlas con oportunidad, la policía ya informada. Pero yo no temo a las sectas ni a la policía, porque mi persona es nada en esto, y jugada me la tengo a todos los azares de la calumnia y del error.

¡La persona! Es esto, sépalo el tribuno, lo que tiene en peligro moral. Aunque como yo se cuide de no tocar jamás a ningún socialista personalmente, es así como han de morderlo. No responda nunca. Si al defecto que le sacan, usted contesta sacándoles otro, no hará más que exhibir dos defectos, sin provecho para nadie. Ese es un principio de belleza y de bondad. Continúe siendo también el don generoso de su elocuencia. Para ésta como para el agua que la simboliza con su clara flúidez, profundizarse es embellecerse. De

gárrulo cristal superficial, tórnase, así, gigantesca piedra preciosa. Sin dejar de correr más potente, viénele con ello la serenidad a cuyo seno desciende como un alma el cielo inmenso y azul. Y vea usted lo que pasa con el agua escupida desde el puente: que, sin dejar de cantar, lava, indiferente, la saliva del necio...

Ah! pequeñez, ah! perversa inocentada de las sectas: que han de sacarse un huracán por la boca para aventar un grano de arena.

Alguna vez, pensando en la realidad de lo que soy, en mi infinita miseria de hombre, en mis defectos incorregibles y groseros, en mi naturaleza de átomo rodado sobre un rayo fugaz al vertiginoso borde del abismo sin fondo; triste de mi propia tranquilidad como lo es en el desierto la permanencia de una columna que aún no ha caído, puedo medir la deplorable ceguera de estos rencores encarnizados como dogos ilusos tras el paso de una sombra. Y esto cuando la luz sonríe todos los días sobre el mundo, cuando los pájaros no dejan de cantar, ni las flores de florecer. Ah! el crimen de las sectas es que ciegan y ensordecen para esto; es que entronizan la siniestra paradoja de la paz hecha con guerra, de la

libertad conquistada con servidumbre, de la bienaventuranza conseguida a costa de la miseria y del dolor.

Perdón, mi noble amigo: perdón si hablé por los dos cuando sólo se trataba de usted, transplantando en el estrecho abrazo de la congratulación, mi corazón a su pecho. Nadie me dirá que no está bien allá donde lo puse. Ni extrañe usted el dejo de filosófica tristeza en este final. Es el pesar que deja, aun en la victoria, la terrible necesidad de combatir. Por otra parte, yo me adjudiqué, sin decírselo, la tarea más ingrata del hermano de armas, y ahora llega su vez.

Alcese brillantemente y sonora la elocuencia del tribuno, imaginando en el verbo audaz la lanza blandida; en la convicción el escudo con su empresa que será de los gules de su sangre y del azur de su ensueño: en la espontánea abundancia el penacho de oro que sobre su casco abierto por delante, peina como una llama el sol. Tiran del carro sonoro—blancas yeguas de casta inmortal — la juventud y la fuerza. Retémplase en el bronce musical un aliento ilustre. Es la musa que pasa. Miren en sus manos el agudo laurel. ¡Señores, las copas! ¡Señoras, las flores!

DISCURSO DEL SR. HERNANDEZ

Doctor Palacios: Vuestros colegas hasta ayer en la Cámara de Diputados; los representantes del cuarto poder, colaboradores y jueces de las labores parlamentarias; vuestros discípulos de la Facultad de Derecho; vuestros amigos personales, y también los que debieron ser primeros en esta enumeración, los humildes a quienes acompañasteis en sus dolorosas reivindicaciones,—todos están presentes aquí, trayéndoos sus cariños y entusiasmos.

Vienen a ratificaros su adhesión y a proclamaros otra vez.

Ya veis, señores, que cruzamos felices tiempos en los que no es el calvario la culminación de los que consagran su vida en sacrificios generosos.

Al amigo, a quien rodeamos, le ha aconte-

cido más bien lo que a aquel caballero medioeval, quien después de haber guerreado valerosamente por su dama de sol a sol, jadeante y polvoriento, al desprenderse la reluciente armadura que le cubría, en la parte de la coraza que protegía el corazón halló una rosa...

Si os parece demasiado aristocrático el símbolo, ya que él podría no sentar bien a este agitador de multitudes, trocadle entonces por el laurel de la democracia ateniense.

El tribuno retorna de nuevo al ágora. En pleno sol, su palabra fulgurante será escuchada de nuevo por las muchedumbres a quienes enseñara el camino de la victoria.

Cierta discusión bizantina respecto del honor caballeresco le separa del partido al que él consagrara primaverales energías.

Hase levantado por los "compañeros" de la víspera formidable algazara en torno del prejuicio que no ha menester de mis servicios profesionales, toda vez que Jaures le acepta, Tarde la justifica y Ihering, el inmortal Ihering, le explica como santa rebelión contra las deficiencias de nuestras instituciones jurídicas en el secular choque del derecho contra la injusticia.

Escuchad bien: Jaures, Tarde, Ihering, os hablo de cumbres; y concededme que sostenga temerario la posibilidad de que el pensamiento de todos ellos tres, valga por io menos tanto como la de cierto "compañero" Baliño, diputado a la legislatura de Buenos Aires y prócer de la cruzada antiduelista.

La expulsión decretada por el Congreso de la Boca comporta la más cruel de las ironías; y no debemos silenciarle ya que todos hemos sido testigos presenciales del episodio que aleja a Palacios del socialismo. En nombre de la libertad de pensar es eliminado por los mismos que proclaman desde la banca parlamentaria el pugilato personal.

El excomulgado por herege confía la solución de un pleito de honor al filo de una espada, sus inquisidores a la fuerza de los puños.

Lo que se nos dijo trascendente problema ético, resulta a vueltas de sarcasmo subalterna controversia mecánica, respecto de si es mejor herir de un tajo o derribar de un puñetazo.

El buen Sancho aconsejaría no dar por la mercancía más de lo que la mercancía vale.

Continuemos, pues.

Somos actores y espectadores del gran drama Evolución.

Apenas salidos del período que Comte llamara heroico, hemos culminado de golpe en el positivo, con el advenimiento a la vida pública del proletariado, en cuya labor eficiente confiaba el genial pensador para el definitivo triunfo de su sistema.

De pie, sobre la cubierta del barco en marcha, no despejados aún los nubarrones del cielo tormentoso del caudillaje, percibimos ya los primeros relámpagos de otra tempestad que llega...

Yo no la temo; pero me inquieta el trapo rojo, desdeñoso del celeste y blanco de la insignia nacional. Aquel simboliza angustias y dolores milenarios; odios y desgarradores gritos de venganza de los que sufren hambre de pan y de justicia contra los poderosos detentadores de todos los derechos.

El emblema patrio significa por el contrario en sus infantiles colores, afectos y ternuras exquisitas.

Y pensad que él surgió en el fragor del combate, en horas en que el rojo, color dinamóge-

no por excelencia, pudo ser reclamado, o el negro, sabedor de las desgarradoras tragedias de la frígida Siberia.

Pero nó, el alma candorosa de su creador repudió por igual el negro y el rojo.

La pureza de alma que trasunta la bandera tuvo su afirmación en los derechos consagrados por la carta fundamental. La patria debía ser para los hombres del mundo que quisieran habitarla.

Y allá vinieron de los pueblos más diversos y de las razas más varias. Fraternal y cariñosa acogida tuvieron todos y a poco andar fueron ya dueños de casa.

El fenómeno parecíanos tan lógico y natural, que para advertir ha sido necesario que un mentecato internacionalismo nos hiciera saber que el extranjero es entre nosotros industrial, comerciante, agricultor, ganadero, capitalista, maestro de escuela, profesor de universidad, periodista, ministro de estado, diputado, senador, todo!

Ha sido menester que esa prédica mal sana, prevenga al dormido espíritu criollo su desplazamiento de todas las actividades del cuerpo y de la mente, haciéndole pensar en que

hubo error, acaso, en la liberalidad excesiva con el no nacido en tierra argentina. Pero confiar la propaganda que pérfida se insinúa en tribunas y publicaciones diarias no ha de conmover la indestructible armonía existente entre nacionales y extranjeros.

Flotan en el ambiente tales ideas y yo no hago más que repetirlas con la brevedad que las circunstancias lo exigen.

Seamos hombres de tiempos nuevos. Conmuévanos el dolor humano, dictemos leyes protectoras del obrero, de la mujer y del niño, en una palabra, dignifiquemos a las muchedumbres.

Para realizar tales propósitos, jóvenes que me escuchais, necesario es que Alfredo Palacios torne otra vez a ocupar su banca parlamentaria, y con él los que crean que para bregar por grandes ideales humanitarios no habrá mejores guías que la bandera, la constitución y la patria.

Ha sido este bravo paladín el lírico que como el divino Acestes del poema virgiliano, en vez de poner la vista en objetos materiales próximos, lanzó su boladora flecha a una es-

trella, la que al inflamarse en las nubes, ha marcado el derrotero de las nuevas generaciones.

DISCURSO DEL SR. GERCHUNOFF

La separación de Alfredo Palacios de las filas socialistas no debe sorprendernos ni debe indignarnos. Es natural que suceda y es bueno que haya sucedido, pues de esta manera, si su partido pierde a tan vigoroso defensor, nosotros, en cambio, recuperamos a un hombre libre. Le recuperamos en la plenitud de su energía ennoblecida de ensueño, y somos nosotros, al rodearlo esta noche en núcleos tan diversos y tan significativos, los que le devolvemos, no a la prisión de una secta, sino a la comunidad argentina toda, de la cual saliera un día, como de Puerto Lápice, ciego de romances y afanoso de bellas aventuras. Pidámosle que no deplore su engaño; solo al mediocre y útil oficio de los escuderos conviene discernir con tosca exactitud lo que pasa camino adelante, y es alto privilegio de los

que no van a horcajadas del jumento dócil, confundir el nivel verdadero de las cosas, o sea, deformarlas y engrandecerlas con los contornos de su propio espíritu. Alabemos a los que, como Palacios, se equivocan de tal suerte.

Es esta la razón de su divergencia con los socialistas que se consideran auténticos.

Si su ideal es rebajar a cada uno a la estatura del ínfimo y reducir los pensamientos de cada uno a la medida sancionada por el comité, no es posible, claro está, la permanencia de Palacios en medio de tan disciplinadas cuadrillas.

En efecto, el aborregamiento social que supone la obediencia y la sumisión a principios rígidos, excluye demasiado a hombres que viven de su sentimiento y se rigen por el impulso de su individualidad, más respetable, sin duda, que lo otro, emanado siempre de la decisión plural, es decir, la lógica de los herbívoros.

Ya nos venía asombrando, por excesivamente larga, la aparente convivencia del expulsado de hoy, con sus adversarios de mañana. No podía despertar su simpatía quien empeñábase, en plena catedral colectivista, en

mantener los recios perfiles de su personalidad, que es lo anticolectivo por excelencia.

Por fin, supimos que los socialistas le excomulgan por tener ideas burguesas del honor. ¿Para qué señalar lo cómico del pretexto? Podríamos recordarles que los socialistas del mundo entero están acostumbrados a claudicar.

Los inventores de la doctrina, los alemanes, dieron el ejemplo en múltiples ocasiones; son los que votaron los armamentos, los que aspiraron desde la primera hora a la destrucción de los países maternales de la cultura, los que desde hace quince años tranzan en las jornadas electorales, con los católicos abominados en su propaganda. Bien podían perdonar un desafío. ¿No fué acaso uno de los fundadores del socialismo, Fernando Lassalle, el que murió en duelo?

Si he citado a Lassalle, a quien admiro, es porque Palacios me evoca su figura magnífica. Palacios recuerda a aquel espíritu aristocrático, que amaba la filosofía, los versos, las luchas ardientes, los episodios extraordinarios, la existencia heroica.

Caballero ensoñado de la libertad y de la

justicia, cayó hermosamente por una mujer, en un lance de honor humano. Pero, seamos sinceros: Los socialistas alemanes estiman poco a Lassalle, al cual no se parecen, desde luego, sus continuadores actuales, como no se parecen a Alfredo Palacios sus antiguos cofrades, erigidos en representantes parlamentarios de la felicidad universal. Palacios tenía que irritar a sus compañeros de causa.

Ese creyente del falansterio les resultaba en exceso dueño de su albedrío. La donosa melena, los rasgos ostensibles, la elocuencia romántica, llena de lírica generosidad, ese tesoro cordial, en suma, no se avenía, en su belleza gloriosamente juvenil, con el estricto materialismo histórico y la lujuriosa predilección por los botines de las cooperativas del Canadá, que forman, en su conjunto de cifras y de reglas, el Espíritu Santo de los socialistas. Palacios se alejaba en mucho de la escuela. Quijotesco, dado por el valor del ánimo y ese su arrebato continuo de rectitud, a elegantes absurdos, encontrábase simpre con ellos en el cruce de las sendas opuestas.

Como Palacios no necesita afilar el coraje frotándose en pandilla, acabó por ser enemigo

a fuerza de ser distinto y gracias a tal falla para el credo, le recobramos para obra mejor.

Mejor, porque ganará en amlpitud y demostrará así que dentro de la vieja noción de patria caben los nuevos preceptos de la equidad, que los otros persiguen con rezagos de odio nada conciliable con el cuerdo evangelio de la armonía humana.

En fin, señores, celebremos la reconquista del hombre libre. Dejemos a sus contrarios la vanagloria de haber reemplazado los prejuicios por fórmulas doctrinarias, lo que equivale a sustituir lo más selecto del instinto, por cláusulas de un estatuto. Nosotros, menos orgullosos y más certeros, laudaremos sin cesar la actitud de Palacios por ser ella expresiva de la vida sin trabas y sin desmedros de teoría coercitiva, voluntariosa en el esplendor de sus inspiraciones espontáneas, fuerte por someterse a la ley de lo íntimo, de lo hondamente sentido, que es como viven las almas que se abrevan en su exclusivo caudal y no necesitan del conciliábulo para desenvolverse de por sí, y dominar su destino.

No perderá el sufriente a su admirable abogado; no perderán las ideas de mejora a su

constructor más armonioso y vibrante. Volverá de nuevo al sitio de donde ha salido y volverá, no al amparo del escaso número, que no le dió el triunfo, sino al auspicio de todos.

Si antes le prestigió con su rótulo el partido socialista, la próxima vez será la ciudad la que le conducirá al parlamento. El país oirá de nuevo su voz leal, su hermosa palabra, engrandecida con la emoción familiar de la patria y libertada para la verdad, que no tiene fórmulas ni reside en la disciplina de los comités. Señores: este banquete, creo yo, es la primera proclamación de la candidatura de Alfredo Palacios.

DISCURSO DEL SR. ROJAS

Hay en las selvas de nuestra América, un legendario pájaro de bella pluma y armonioso canto, al cual llamáronle quetzal, en su lengua, los misteriosos indios del Anahuac antiguo. Tiene el quetzal una leyenda y de él se dice que si le arrancan la bella pluma de las alas, pierde su don del canto; y que si lo aprisionan para domesticarlo, muere de horror salvaje, lanzando a su amo un estridente grito... Contemplemos en ese pájaro, señores, el consumado emblema de las más genuinas cosas de nuestra raza, y erijámosle en símbolo de nuestra fiesta, puesto que en él, como en ése a quien festejamos esta noche, se hace tangible nuestro destino de querer la libertad más que la vida, y defender en la joyante pluma del bello gesto inútil los ornamentos de nuestra dignidad.

Palacios era como un quetzal de los trópicos aterido en la estepa de nuestro equívoco socialismo ríoplatense, en el cual se refunden las más bajas inepcias de una ciencia de vulgarización, con los más turbios rencores de un cosmopolitismo de aventura. Por eso se obstinaron en quebrarle la bella pluma inútil, para abolirle el don de la canción genuina, y por eso intentaron domesticarlo entre los rígidos hierros de la jaula sectaria, para que en él muriese nuestro ingénito anhelo de libertad. Pero él no ha querido ni dejar de cantar, ni dejar de vivir; y si antes fué a la equívoca comarca llevado por una ilusión juvenil, vedlo ya como a la luminosa selva patria reivindicado para ella por la plenitud de su carácter. El quetzal americano se ha escapado de las jaulas arteras del domesticador, y mientras oigo que por el aire natal su canción argentina viene diciendo: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!" ved cómo va tornasolándose la legendaria pluma que ora se enciende roja como un rubí, ora celeste como un záfiro, al soslayar sobre ella el sol de gloria que resplandece en nuestro pabellón.

Libertad y belleza: he ahí las metas más

lejanas de toda auténtica civilización. Por buscarlas hemos realizado nuestras pasadas revoluciones; buscándolas realizaremos aún nuestras revoluciones futuras. Ese genio solar de nuestra América que derribó los tronos de sus virreyes y desgarró los estandartes de sus conquistadores, y abolió los privilegios de su aristocracia, y redimió la servidumbre de sus encomiendas, y quemó en la hoguera de los autos de fe de los potros de sus últimos inquisidores, y redimió en justicia los vientres negros de sus esclavas africanas, y llevó hasta "los últimos términos de la tierra" las caballerías andantes de su emancipación; es el mismo genio de libertad que abrió sus aguas a la navegación y sus tierras al trabajo de los parias errantes; que debeló sus déspotas siniestros y reveló a sus muchedumbres inconscientes el poder de la propia soberanía; que utilizó sus ejércitos para civilizar la pampa ignota y para enseñar a leer y hablar la lengua patria al indio y al colono; que sojuzgó la prepotencia del catolicismo colonial, y abrióse a todos los cultos del porvenir, lo cual significaba consagrar, como los atenienses tolerantes, un altar para el dios desconocido;

que laicizó las tumbas para reunir a los hombres en la fraternidad de la muerte, y laicizó las escuelas para lograr alguna vez reunirlos en la fraternidad de la vida; es el mismo genio, por fin, que hoy funda universidades, subscribe arbitrajes, levanta tribunas, esparce libros, modela mármoles, canta sinfonías, decora parques y manciones, viste con elegancia a sus mujeres y enciende en el corazón de sus varones la brasa viva del coraje; numen solar de nuestra América, infatigable numen hercúleo que no ha concluído ni con todo eso sus doce hazañas, porque aun quedan en nuestras patrias incipientes, muchas hidras de Lerna que extirpar, y establos de Augias que limpiar, y leones de Nemea que domeñar, y hartos reyes de Francia que matar, como aquel rey Diomedes a quien Hércules castigó, porque engordaba con carne de hombre sus caballos.

¿Pues qué? ¿Diremos, acaso, que la obra de nuestra libertad está concluída, y que sólo nos resta desplegar al viento festivo la bandera de las glorias pasadas y modelar el himno de los fastos pretéritos? No, mis amigos conservadores... La empresa libertadora de Mayo es susceptible de un infinito devenir, y

muchas frases de Mariano Moreno, tendrían actualidad pertinente en boca de los nuevos tribunos del proletariado. Yo he seguido hasta sus fuentes paleográficas nuestra magna revolución, y sé que la bandera nacional fué un símbolo libertario, impuesto por la inspiración de un caudillo romántico, a las vacilaciones de un gobierno mezquino. Bien puedo yo proclamarlo, porque sé que mi pensamiento ha alcanzado una definición asaz notoria, como para evitar que se me sospeche de no amar los destinos de mi país. Yo soy aquel que hace siete años hablara del nacionalismo argentino definiéndolo como un método para organizar una cultura laica sobre los cimientos de la tierra nativa y de la raza, y bautizando así todos estos problemas espirituales que entonces a nadie preocupaban y que hoy asumen la gravedad de la expulsión de Palacios y bulliciosa urgencia de estas reuniones públicas. Mas con la misma certidumbre que me hizo hablar de nacionalidad a los argentinos de la multitud descatada, necesito esta noche hablar de libertad a los argentinos de la minoría reaccionaria. Y es que viéneme de nuestra propia historia la convicción de que

no tiene la argentinidad por qué cifrar alianzas con la iglesia, que es, al fin, un poder extranjero, esclavizador de conciencias, ni por qué cifrar alianzas con el capital, que es, al fin, otro poder extranjero, esclavizador de voluntades. Si la realización de la libertad argentina, en su destino redentor para todos los hombres, necesita derribar esas tiranías, las derribará, como hace un siglo rompió virreinatos, inquisiciones, esclavaturas y monopolios. Hay todavía en la heredad nativa otros virreyes que deponer, inquisiciones que vencer, esclavaturas que redimir y monopolios que socializar; y no fuera empresa indigna de nuestra generación el romper esas "leyes de bronce", por lo mismo que no son incompatibles la argentinidad y el colectivismo, si concebimos a nuestra patria como un pueblo misionero de la belleza, de la justicia y de la libertad.

La civilización europea, en cuyo regazo nos hemos formado, pasará a la historia como un largo experimento de iniquidad. Ansiar reformas sociales que nos acerquen hacia la justicia y la naturaleza, es actitud genuina del corazón argentino. Y después de esta crisis,

que ha detenido por un momento la carrera política de Alfredo Palacios, yo desearía para aplaudir en una nueva y noble actitud ciudadana, verle reaparecer ante el pueblo, presentando como estandarte de su nueva política, nuestra propia bandera nacional, símbolo augusto del sentimiento argentino, y atada al asta de la enseña celeste donde es icono el Sol, ponga flotante un moño de seda purpúrea, como jirón de la bandera roja, que no pudieron arrancar de sus puños los menguados de la última conjuración.

Algunos hombres jóvenes de nuestro país, educados en la libertad de la ciencia y en la belleza del arte, pudimos creer por un momento que ese partido socialista donde militó Palacios hubiera podido ser un hogar donde la mente se alumbrara en la luz de una nueva justicia, sin apagar para el corazón la vieja llama del sentimiento nativo. Pero esa ilusión acaba de desvanecerse para siempre. En vano fué que los más argentinos halláramos compatible el destino libertador de nuestra raza con los ideales de la revolución social; ellos, materialistas y sórdidos, se mostraron siempre incapaces de conciliar su credo con la

argentinidad. Confundieron el internacionalismo, forma suprema de la civilización universal, que es armonía de naciones ya evolucionadas, con el brutal cosmopolitismo de los países nuevos, forma inorgánica de agrupación que resulta de simples migraciones individuales, en el azar utilitario o triste del sino de cada hombre sobre la tierra. Es que allí no cabía el alto espíritu metafísico de Marx, ni el amplio espíritu romántico de Jaurés, los dos apóstoles más ilustres del socialismo internacional. Alejados de sus más puras fuentes científicas por ineptitud filosófica, eso ya no era un partido, ni siquiera una secta, sino una simple comandita formada para el uso de un nepotismo extranjero. Los que tanto han gritado oligarquía, fraude, coacción, — le han expulsado con esa máquina a Palacios, sin acertar a decir que fuera un réprobo, ni un apóstata, ni traidor; pero sin oírlo, ellos, los hombres libres que protestan del militarismo y de la Inquisición. Ahora comprenderéis claramente por qué se habían ido de ese partido los artistas como Payró y Lugones; por qué los hombres de ciencia como Arraga o Ingenieros; y los que no han renunciado a su per-

sonalidad ni a su raza, como Manuel Ugarte, por el delito de defender una república sudamericana, y como Alfredo Palacios por el delito de defender su partido en una actitud de peligro... ¿No véis en todos estos hechos y estos nombres la persistencia de un signo demasiado terrible?... ¿Cómo cifrar nuestra esperanza de regeneración nacional ni de redención popular, en eso que para escarnio de las clases obreras y de la democracia argentina sigue llamándose "el partido socialista argentino?" Es que en la esencia de esta cuestión hay algo menos doctrinario que el socialismo y menos concreto que la expulsión de su primer diputado.

Dr. Palacios: entre usted y su ex camarada el Dr. Justo, habrá lo que se llama en los matrimonios malavenidos, incompatibilidad de caracteres. Como era necesario separarlos, le han aplicado en su divorcio, no la separación por mutuo consentimiento, como ustedes la preconizan, sino la anulación del vínculo, contra una de las partes y con fines dinásticos, según lo solía hacer la Iglesia con poderosos a quienes necesitaba favorecer. Usted estaba condenado a este desenlace, y recuerdo que

una noche del último centenario se lo anuncié para las vísperas del centenario próximo. Mi fácil profecía, como se ve, se ha cumplido. Y es que los partidos se constituyen sobre una mínima comunidad de ideas, y sobre una total comunidad de temperamentos. El suyo no encajaba en esa formación comanditaria. Usted ama el peligro, y su antagonista prefiere los apostolados incruentos. Usted ama a su patria, y en añadidura de ese don misterioso, viénele su genuino amor al pueblo, su capacidad de enternecerse por los niños desamparados y de rendir culto a los viejos ideales que por ser buenos han resistido tanto tiempo. Usted posee, por consiguiente, la visión de los símbolos. Usted considera, como nosotros, que las cooperativas de consumo, por ejemplo, son tan necesarias al bienestar de la república, como las mujeres hermosas. Usted practica, además, los nefandos ritos del arte y de la caballería, especies de magia negra que el Dr. Justo abomina. Su disidencia sobre los lances de honor, me recordaban, a veces, algunos diálogos de Don Quijote con su escudero regordete y barbado. No es que usted creyera, como un hombre de la Edad Media, en el

juicio de Dios, ni en el código de los Snobs, sino que veía en eso un medio de aquilatar la propaganda con el peligro, de dar a la palabra un peso de vida, de prevenir la injuria, cosa bien necesaria en un diputado favorecido por sus fueros.

Rechazaban ellos el prejuicio del lance y no el de sus privilegios parlamentarios. Pero usted sabe muy bien que esto no ha sido sino un pretexto. La verdadera razón estaba en que es usted profundamente argentino. Ese delito no se lo hubieran perdonado en una agrupación donde se mira bien el comprar y vender tierra loteada para enriquecerse a costa del sacrificio social; el tener casas de renta para explotar a los que no la tenemos; el cultivar viñedos para fabricar el pernicioso alcohol, que se combate en discursos científicos —eso sí—debidamente ilustrados por estadísticas de la consecuente locura y espeluznantes cromos de hígados despedazados por el terrible veneno... Usted alardeaba románticos sentimientos, viejos pero buenos, y el doctor Justo lo miraba sin comprender, no porque los tenga malos, sino porque carece de ellos en absoluto. Esto podría hacer pensar que se

trata de un ideólogo puro, como M. des Maisons, pero no es eso tampoco. El señor Justo reduce el universo a una cosa más fría que las ideas: lo reduce a los números. Ha leído que, según la academia, deben llamarse "estadistas" los que se ocupan en estadística, y ahí lo tenéis fatigando a la cámara con cifras del Canadá y guarismos de Australia, a fin de que sus colegas provincianos se convenzan de que él es un estadista, pues imagina que los de la capital están ya convencidos. Recurriría al álgebra para expresar sus concepciones profundas si no fuese que el álgebra emplea signos alfabéticos, y esto podría hacer que le tomaran por un hombre de letras, cosa que lo aterroriza, naturalmente. Durante su vida ha escrito un voluminoso libro, que aunque trata de la "teoría y prácticas de la historia", es decir, del proceso total de la civilización, no incurre nunca en el error de nombrar el ideal, la belleza, la piedad, el odio, la justicia, según podéis ver por el índice de las cosas nombradas, donde hallaréis por temas exclusivos: pan, salario, tierra, estómago o máquinas. Así os explicaréis que su mente se satisfaga en los limitados dominios de la arit-

mética elemental. Hubiera sido el óptimo tenedor de libros de una farmacia, si su fe en el sufragio universal no le hubiera llevado a creerse un sabio, entre su grey inocente, como los preceptores en las aldeas. Esto no nos preocuparía, si no fuese que también se cree un estadista, porque maneja números; y un apóstol, porque ha descubierto que las banderas son de trapo; y un filósofo, porque niega la existencia del alma. Generalmente niegan la existencia del alma los que carecen de ella. Como no la ven, aseguran que no existe. Y es que el doctor Justo sigue métodos rigurosamente científicos. Por eso se ha hecho terrateniente, para estudiar de visu la propiedad, que de otro modo no podría estudiarla, puesto que es una abstracción. El señor Justo ha confundido del positivismo el método inductivo con sus últimas generalizaciones. Se me antoja un astrónomo que quisiese ver la vida obscura de los astros sin ver el resplandor de los astros que la recorren. Con un hombre así organizado y los seres que forman su atmósfera, usted, doctor Palacios, no podrá jamás conciliar. Yo celebro esta ruptura, porque ella nos da ocasión de presentar al pue-

blo una lección de cosas, dado que el pueblo, como los niños, necesita de esta enseñanza formal, intuitiva, concreta. Y así los que no tenemos intereses económicos ni ambiciones políticas que defender en la sociedad actual; los que no ambicionamos ser diputados, porque no hemos nacido para eso sino para otra cosa; los que lo servimos al pueblo en todos los órdenes de la educación (yo soy maestro de escuela, periodista y escritor), podemos ahora decir a la opinión repentista de Buenos Aires: debéis elegir entre la arcilla helada de que se forman las mayorías socialistas del kaiser y las claudicaciones patrioteras de Hervé — otro apóstol incruento; y entre la carne viva de que se forman en las horas de prueba los parlamentarios desterrados por Napoleón III, y, las víctimas oportunas como Jean Jaurés.

Jóvenes argentinos: Vuestra generación se encuentra hoy, en situación muy semejante a la que determinó el glorioso destino de la generación de Echeverría. Los accidentes de la historia externa han cambiado, pero no los factores del problema moral. Ellos se hallaron en 1830 entre unitarios y federales que

desgarraban al país sin comprenderse entre sí, ni comprender tampoco el país que no habían estudiado, y que representa para todos los partidos políticos la razón solidaria de una vida en común. Los jóvenes de la nueva generación se desligaron entonces de ambas tradiciones, de la que representaba un europeísmo pedante y de la que representaba una regresión silvestre. Formularon entonces su nuevo ideal, y fraguando revoluciones, afrontando destierros, soportando martirios, vieron como 30 años más tarde triunfaban sus ideales con Urquiza en Caseros, con Alberdi en Santa Fe, con Mitre en Pavón, con Sarmiento en el apostolado de la educación popular. Así los hombres de la nueva generación argentina debieran desligarse de los grupos que representan las tradiciones coloniales y de los que representan el exotismo materialista y pedante. No tenemos por qué solidarizarnos con oligarcas ineptos y sensuales, incapaces de estudiar las profundas fuerzas que mueven la civilización universal, ni tenemos tampoco por qué solidarizarnos, en nombre de un sentimiento revolucionario, grato siempre a la juventud, con los que traen bajo el

manto de sus programas liberales, odios atávicos de raza, rencores inconscientes de religión, envidias recónditas de origen. Levantemos por sobre los unos y los otros el nuevo programa de la argentinidad, que tiene al quetzal y al sol por símbolos. Descarnemos a los unos por anacrónicos y a los otros por exóticos, y empuñemos esa bandera de vida nueva y de justicia.

Somos, señores, una generación marcada por grandes signos. Asistimos, ante la Europa sangrienta, que fué la madre de nuestra civilización, al sacrificio de los pueblos por sus déspotas, y acaso veremos antes de morir, el sacrificio de los déspotas por sus pueblos. Nos es dado así vivir una hora henchida de inefables promesas. Preparemos el pensamiento para los anuncios que ya se oyen, para los prodigios que habrán de llegar. Dioses alados pasan por el éter del alma sembrando las semillas del acontecimiento, mientras los viejos cíclopes trabajan con el fuego y el hierro para conmover los cimientos del mundo. Desde las vísperas de 1810, la patria no habrá vivido una hora semejante. Las potencias libertadoras de 1789

y de 1848, se agitan y resplandecen en la sombra, como las nubes cuando vá a nacer la aurora. Que cuando esa hora llegue, sean los más luminosamente argentinos los que asuman la alta responsabilidad como asumió la suya D. Mariano Moreno, y entretanto, enseñemos al pueblo, con actos como este homenaje a Palacios, cómo se ama a la patria que ninguna revolución suprimirá porque se asienta en la roca de los orbes, y como ha de discernir a sus verdaderos guías, que son los que se acercan a hablarle en nombre del ensueño porque esos nunca lo traicionarán.

SALUTACION AUGURAL

A Alfredo L. Palacios

Manibus date lilia plenis!
Horacio.

¡Juventud, juventud! hecha de arranque y
[verbo
Como una gran bandera teñida de pasión,
Sobre cuyos tremores el pájaro protervo
Eriza su plumaje y aguza su traición.

Todo un símbolo nuestro: ideal... el fruto
[acerbo
De los hombres que llevan bien puesto el co-
[razón,
Para el señor altivo, para el humilde siervo,
Una misma ternura y un mismo diapasón.

¡Salud, ritmo y penacho, voz airada y espina
Que son los atributos del alma peregrina!...
¡Todos a uno el cáliz profano de cristal,
Y que en la hora mística del elogio y del canto,
Sobre tí, la paloma del Espíritu Santo
Tenga el vuelo del águila para un viaje in-
[mortal!

Gustavo Caraballo.

DISCURSO DEL SR. ZONZA BRIANO

Se ha hablado de Palacios, como hombre, como político, como orador y gran tribuno. Como artista, lo veo surgir glorioso a manera de los nobles medioevales, tomando posesión del idealismo más absoluto. Lo veo entonando cánticos con su alma tierna, ardiente y soñadora. Lo veo piadoso en el reino de los pobres, como un santo varon, esparciendo las riquezas nobles de su espíritu. Lo veo por encima de todas las ideas materialistas que matan a los pueblos, predicando la fraternidad, el amor y la unión espiritual. Lo veo sobre el pedestal de la suprema justicia abriendo su heroico pecho en honor a la verdad. Lo veo en la bella actitud del último gesto, rompiendo la cadena con que lo ataba la disciplina del partido, para extender su ala, libre y sola en la azul inmensidad de su propio ensueño.

Con su separación, mostró su alma de artista e hizo una vez más triunfar su ideal sobre la realidad, encaminándose por el sendero del sacrificio, dando al pueblo el espectáculo de su santa piedad para con los principios enemigos.

El, vive de verdad en el corazón del pueblo que le ama, y como todo lo sincero y puro tuvo la propiedad de engrandecerse siempre.

La firmeza de sus convicciones dió a su persona la apariencia de algo sutil atravesando un mundo invisible, besando la imagen del Ideal.

El, que ha vencido noblemente, se remonta hasta las cumbres del monte de Pharos entre el olor de la menta y del tomillo, con su frente coronada de mirto y ennoblecida por la caricia del laurel.

Con su naturaleza generosa, delicada y fuerte, le mira el pueblo entero aclamándole como en los tiempos de la antigua Grecia, cuando se arrojaban flores a los pies de la marmorea estatua de Afrodita vencedora.

Las almas ardientes, locas de amor, saben a veces protestar contra los dogmas y huír

de las sombras materialistas que enferman el espíritu, para expresarse libremente sus sueños y esculpir con la elocuencia de la palabra imágenes divinas.

Palacios: en nombre de Dionisio, padre de la alegría, espíritu del racimo y fuerza del lagar, brindo por que nuevamente, como los compañeros de Jasón, pongas tu proa rumbo hacia Helesponto, en donde ya a medias conquistado, se te ofrecerá del todo el vellocino de la leyenda.

El periodista señor Josué Quesada lee en seguida los versos que van a continuación y que publicó el doctor Antonio de Tomaso no hace mucho tiempo:

A PALACIOS

Porque tú eres el verbo varonil de mi raza
y levantas gallardo tu plebeyo blasón
y con algo de lírico, caballero Cyrano
es tan fuerte tu escudo como tu corazón.

Porque llevas con garbo tu chambergo inso-
[lente
trasuntando la audacia del que fué D'Artag-
[nan
y porque hay en tu espíritu de progenie ro-
[mántica
tanto amor como fuego tuviera un volcán.

Porque tú amas al pueblo, que te admira y
[te busca
cuando agitan tu pecho ansias de rebelión
y porque eres caudillo de una nueva cruzada
y proclamas el credo de la Revolución.

Porque tú eres altivo como el puro pena-
[cho
y el orgullo de un bravo caballero gascón
y no sabes que existe en tu mágico idioma
la palabra villana de la claudicación.

Porque siempre a tu bolsa la conozco vacía
y sé tu gesto pródigo cuando tiene un doblón
y cómo llevas, junto con la austera pobreza,
un inmenso tesoro dentro del corazón.

Porque sé que darías por tu idea y tu dama
el valor de tu lira como en la vieja edad
sin exigir más pago que una sonrisa suave
o el aplauso del pueblo por tu temeridad.

Yo te quiero, Maestro, porque en tí se dan
[cita
gentileza y donaire con el fiero ademán,
la bondad de Quijote, el amor de Cyrano
y la gran gallardía del que fué D'Artagnan.

DISCURSO DEL DOCTOR PALACIOS

El doctor Palacios contestó a los discursos pronunciados, con una improvisación, cuya versión exacta no nos ha sido posible obtener. Publicamos, por eso, la síntesis hecha por un periodista, que da una idea de lo expresado por el orador.

Comenzó el doctor Palacios diciendo que los cronistas parlamentarios, sus amigos en todos los momentos de su acción y a quienes él hubiese querido estrechar en un abrazo muy efusivo, habían iniciado ese acto, y que era tan grande, tan espontánea y tan noble la expresión de simpatía tributada, que no sabía cómo agradecerla. Desde que salí del aula—dijo—he subido a todas las tribunas. Con el entusiasmo que me dió una sana juventud, llena de pasión, hablé en el Congreso, en la Universidad y en la plaza pública, pero nunca em-

bargó mi espíritu tanta emoción como ahora, frente a este homenaje y después de haber escuchado la palabra poderosa de Lugones y de Rojas, los acentos vibrantes de Manuel Hernández, Gerchunoff y Peña, y la frase suave y armoniosa del poeta Caraballo y el escultor Zonza Briano. Mi voz, que siempre fué cálida y a veces elocuente, porque combatía el privilegio y defendía a los pobres, porque bregaba por una nacionalidad fuerte en una democracia sana, hoy se exterioriza torpe,—y desearía callar, recogiéndome en lo más hondo de mi mismo y abriendo ampliamente los brazos para sentiros más cerca.

Dijo que se había retirado de su banca sin una sola vacilación, para mezclarse con el pueblo que no abandonaría jamás. Sostuvo que la disidencia en materia de honor con los hombres que dirigían el partido Socialista no ha dejado un solo agravio en su espíritu y que alejado de esa agrupación puede ratificar en absoluto su credo, pues permanece en la integridad de sus convicciones.

Se refirió con ese motivo a los versos que acababa de leer el señor Josué Quesada:

"Porque tú eres altivo como el puro penacho
"Y el orgullo de un bravo caballero gascón
"Y no sabes que existe en tu mágico idioma
"La palabra villana de la claudicación".

versos que me dedicara un joven de talento que fué mi discípulo, dijo el orador, y al pronunciar estas palabras, notamos en el doctor Palacios un dejo de amargura, quizá porque recordaba que el poeta de ayer que cantaba al *caballero*, se había convertido en el político que firmaba hoy su esclusión del grupo parlamentario socialista que le acusaba de tener el *honor de los caballeros.*

El doctor Palacios continuó en su improvisación, refiriéndose a la doctrina; habló de la evolución económica y de lo que él llamó inducción anticipada, que sólo tiene valor en cuanto involucra un ideal. Dijo que la cooperación de clases coexiste con la lucha de clases y la atenúa, y afirmó después de citar a Turati, que la fe es una gran fuerza cuando corona una convicción madura y positiva, pero que cuando la precede o la reemplaza, es un valladar a la formación de esa conciencia cuyos aspectos externos simula, y lejos de

hacer convencidos, forma fanáticos que se agitan en la sombra y perturban las ideas.

Sostuvo que la doctrina sostenida en contra de los hechos era un absurdo y que era menester renovarla para no caer en el sectarismo.

Con tal motivo se extendió en largas consideraciones sobre la guerra actual, que no era sólo un choque de hombres, sino de ideas y que aportaba grandes enseñanzas a la humanidad.

Habló del internacionalismo y de la patria, cuyos conceptos no cree incompatibles. Se refirió con emoción a los camaradas de todo el mundo que luchaban en defensa de sus patrias, y dijo que era ingenuo negar las nacionalidades. Citó a Guesde, el ortodoxo, a Sembat, a Vandervelde, a Hervé y a Antole France en defensa de su tesis y afirmó que el próximo Congreso Socialista Internacional disipará muchas ilusiones.

Habló de la patria, y entonces su acento fué más cálido. He adaptado mis actividades, dijo, a las condiciones del país, sin intransigencias que detienen y desgarran y he luchado y seguiré luchando para que esta tierra

donde hemos sufrido y hemos amado, se preocupe de la defensa colectiva sin hostilizar a los demás pueblos y con sereno entusiasmo ame la libertad y todas las demás cosas nobles y elevadas del espíritu.

Habló del progreso y de la fusión de las razas en nuestro país y cantó un himno al criollo legendario, que en sus cruzamientos con el extranjero preparaba la nueva nacionalidad.

Se dirigió después a los jóvenes que tanto le habían aclamado y citando a Wagner, dijo que la patria era el conjunto de afinidades que nos hacían vislumbrar más allá de la vida individual, una grande y amplia vida común; que la teníamos en la sangre, en nuestro pensamiento y en nuestra acción; que no era un montón de egoísmos, ni una empresa contra la humanidad.

Contestando a Lugones, dijo que él había expresado con razón que en el canto inspirador hasta la misma cólera es fraternal y que toda la América pasa por sus estrofas como anticipando las futuras empresas de solidaridad.

Dijo a los jóvenes que fueran indisciplina-

dos si por disciplina se entendía anular la vida, entregándola como instrumento en manos extrañas; que no admitieran autoritarismos arbitrarios, que no renunciaran a su individualidad; que el socialismo quería la expansión y no la mutilación de la personalidad humana.

No paséis por la vida sin objetivo, como las cañas por el río, que el decir de Séneca, no van, son arrastradas, dijo el orador. No os inspiréis en la amarga filosofía de Hartman y su maestro, ni en el "Himno al dolor" de Lamartine, ni en las desesperaciones de Leopardi, ni en las imprecaciones de Byron. Salgamos en busca de la ruta iluminada por el sol, por la santa luz del sol que eleva la presión de la sangre, que aligera el cuerpo y el espíritu.

Después de hacer una sintética exposición del pesimismo y el optimismo de acuerdo con la sociología de Ward, que proclama el "meliorismo", sosteniendo que optimismo y pesimismo son estados pasivos del espíritu, afirmó que la posición verdadera implicaba la naturaleza pasiva frente al hombre activo, e incitó a los jóvenes a la acción.

Terminó su discurso diciendo que un escritor cuenta que Leonardo de Vinci construyó un simbólico león que destinó a saludar la entrada a Milán del rey de Francia; que el león avanzaba movido por un admirable mecanismo y que luego deteniéndose, abría su pecho y lo mostraba henchido de lirios.

Jóvenes, dijo, la fuerza es compatible con la belleza. Amad la fuerza que es atributo de varón; defended con energía vuestra dignidad y vuestro decoro, sin los cuales la vida no vale la pena de vivirse, pero amad también la gracia y la belleza, simbolizadas en los lirios del pecho del león.

A PALACIOS

El ilustre señor Don Quijote
te enseñó la manera de ser
el eterno adalid de las causas
de justicia, de amor y de bien.

—

Te enseñó la arrogancia latina,
la virtud, que sostiene el valor
y el secreto de hacer un emblema
de la dulce señora Ilusión.

—

Desde entonces, Palacios, saliste
con melenas, penacho y bordon
a buscar aventuras y empresas
que llevaran más alto tu honor.

—

Luchador esforzado te vieron,
desde el uno hasta el otro confín,
cabalgar tu Pegaso de ensueño,
mensajero insolente de abril.

—

Tu camino sembró de asfodelos
la virtud, la nobleza y el bien
y pusiste tu estrella de mago
en la frente de cada mujer.

El amor te tornó inaccesible;
te elevaste a la cumbre por él;
el amor, que al hacerte Poeta,
coronó de laureles tu sién.

—

Yo no sé si en política triunfas,
si tu credo, el buen credo será,
pero sé que en tu alma de niño
no florecen las flores del mal.

—

Que eres noble, cortés y valiente,
que tu honor es más limpio que el sol,
que tu estirpe de cepa latina
tiene sangre del Cid Campeador.

—

Que Cyrano y Bayardo se unen
para hacerte arrogante señor
porque saben que llevas tizona
al servicio de tu corazón.

—

Adelante, Palacios! Persiste
galopando en tu ruta ideal
sin fijarte en la nube de polvo
que el corcel va dejando detrás.

—

Adelante, Palacios! Tu escudo
es tu propia, tu honrada altivez
lo demás... lo demás ¿qué te importa?
si tú sabes que vas hacia el Bien.

Luis María Jordán.

Elogio en fabla antigua de un caballero moderno

Este que veis aquí, de ancho sombrero,
con la pluma rosada muy donosa,
es Alfredo Palacios, mosquetero.

Sabidor e galante, que faz prosa
e fabla bien e ansí juega la espada.
Nunca dexó de amar mujer fermosa.

Ca tercia con donaire la encarnada
capa e sabe decir un madrigal,
magüer que non faz versos a su amada.

No es home de cobdicia, ca el cabdal
de su escarcela es pobre, pues desprecia
el amor que otros tienen al metal.

E a fe mía faz bien; dexe a la nescia
gente asaz devanarse por dinero.
Haya un ideal, un libro de la Grecia

e toda noche azul la blanca luna
derrame plata viva en el sendero,
ca esto, con la su espada e dama alguna,
es cuanto necesita un mosquetero.

José Muzilli.

ECOS DE LA PRENSA

EL HONOR DE LOS CABALLEROS

"...Reiterando una vez más nuestra condenación más completa y nuestro absoluto repudio del honor de los caballeros..." Así dice el manifiesto del grupo parlamentario socialista. Como se ve, el honor de los socialistas es un honor aparte. Ya lo habían dicho en la cámara y ahora lo confirman en un documento especial, a raiz de la actitud de Palacios.

Tampoco podía faltar la explicación de ese repudio desde el punto de vista económico. "La Vanguardia" afirmó en su artículo anterior, que tales lances distraen tiempo y ocasionan gastos considerables. Es decir, se prohibe batirse por razones morales, sin que por eso se excluya la interpretación económica, porque buenos marxistas, no olvidan ante todo el dogma esencial del materialismo histórico, que es el Espíritu Santo de los socialistas.

Eso acaba por ser sencillamente bajo y ridículo. Bajo, porque someten las cuestiones más íntimas al nivel de las cosas que acostumbran juzgar con un criterio rebañego, es decir, colectivista; y ridículo, porque sólo tienen de la vida una noción material. "Cuesta dinero; proporciona utilidad". Si no es visiblemente costoso, puede ser aprobado; si no es inmediatamente útil, es condenable. Esa lógica no debería asombrarnos. El socialismo, como doctrina política y como régimen de la sociedad tiene por base un libro que se llama "El capital", que funda los problemas cotidianos y trascendentales de la existencia en la simple relación de producto y de consumo. Fuera de ese límite, que impone a los hombres el mismo tributo y el mismo derecho, no existe para los profesantes de esa creencia más visión ni más ideal que la coordinación de aquellas causas y el sometimiento a sus efectos. Nutridos en esa burda teoría, sus propagandistas llegan, normalmente, a la declaración de que el honor de los caballeros es repudiable. ¿Qué entienden ellos por caballeros? Son, claro está, los burgueses, que por serlo se desvinculan orgánicamente de lo honorable y de lo digno. Se-

gún los que firman el manifiesto, el honor y "sus complementos inseparables" es "propio de clases privilegiadas y corrompidas". Si los socialistas dijeran que desprecian el honor burgués porque el de ellos es superior, su afirmación sería absurda, pero respetable. Lo grave es que desdeñan el honor porque es el honor, y si dijeran que, como el personaje del consabido drama de Sudermann, lo reemplazan con el deber, la situación no cambiaría, puesto que el deber es siempre discutible, mientras que el honor sólo depende del grado de la delicadeza de cada cual. Mas, ¿qué entienden de delicadeza personas que reprueban el duelo con argumentos entre los cuales figura el gasto del lance?

Comentamos el suceso por su importancia moral. El éxito del socialismo en la metrópoli —éxito que no se repetirá sino con figuras aisladas—obliga a señalar el hecho: la ciudad ha llevado al parlamento de la república a personas que en esta ciudad repudian el honor, o sea la ciudad consiente que en su nombre se declare tal cosa, se afirme tal tendencia. Nosotros no fomentamos el duelo; creemos que el duelo es un resabio, pero es la única solución

que tienen los espíritus poco dispuestos a dejarse pisotear. Hemos visto días pasados la impavidez de ciertos legisladores socialistas mientras se les voceaba las más graves injurias de carácter íntimo. Como su honor no es el de los caballeros, se quedaron con las injurias: batirse es costoso y peligroso, y afrontar un incidente mano a mano no es costoso, pero no carece de peligros. Optaron por su dignidad socialista y se quedaron tranquilos. No tienen prejuicios; son fórmulas frías, principios abstractos: desconocen, (el partido está lleno de ejemplos ilustrativos) la amistad y la lealtad; desconocen lo que hace precisamente de la vida algo más que un mecanismo de digestión.

En cambio, el doctor Palacios posee el honor de los caballeros. Nadie le injuriará porque no teme ni el costo ni el peligro de una actitud. Es culto y es enérgico, y esto le permite ser respetable y respetar. Propaga sus creencias, defiende sus ideas tan bien o mejor que sus colegas de la diputación, los cuales no se baten y aspiran a llenar al adversario de denuestos, sin que éstos los corrijan, guiados por una desdeñosa misericordia. Este es el concepto del honor socialista.

Conviene saberlo. El doctor Palacios, al alejado del socialismo, se alejará del parlamento, según entendemos, si el congreso próximo confirma la resolución del comité. Pero volverá a la cámara por el voto de una impresionante mayoría, la mayoría de los que tienen honor, el honor único; el honor de los honrados, el honor de los argentinos, que preferimos al de los extranjeros y extranjerizados del partido Socialista.

"La Mañana".

A PROPOSITO DE LA ELIMINACION DEL DR. PALACIOS

El diario "La Vanguardia" se enoja hoy con nosotros por el hecho de que este diario acuerde importancia a las divisiones que se pronuncian en el seno del partido Socialista, con motivo de la proyectada eliminación del doctor Palacios, cuyos laureles—como los del gran demócrata atenienses a sus rivales—no dejan dormir a los triunviros procaces del socialismo, que tienen su tribuna en el órgano citado.

Nos explicamos la actitud. Van mal las gestiones destinadas a excluir de su partido al verdadero y eficiente propagandista del socia-

lismo, al más sincero y honesto de sus representantes legislativos; de ahí la exaltación que domina a los potentados que explotan y manejan el diario y el partido.

No conseguirán la exclusión del doctor Palacios, y esto los tiene amargados, a pocos días del congreso que ha de resolver la cuestión; por eso hablan de prensa burguesa, mercenaria, intrigante, etc.

La glotonería es mala consejera en estos casos, y el ataque a los diarios independientes por estos insultadores de taberna y propagandistas del pugilato, está probando la situación vacilante en que se encuentran con referencia al correligionario que pretenden eliminar.

A Sócrates se le impuso la cicuta por fustigar los vicios de sus conciudadanos y denunciar las explotaciones que hacían de su pueblo los políticos de Atenas, falsos apóstoles de la moral. Es el caso de Palacios.

Pero la pretensión de este grupo de omnipotentes socialistas no ha de realizarse, por el hecho simple de que sus manejos están conocidos; ya no se puede embaucar ni a los ingenuos obreros que leen "La Vanguardia", sobre las causas y fines que originan el conflicto

o la acusación formulada contra el doctor Palacios, por el hecho de mostrarse tan varonil en la acción como sincero en la teoría, a diferencia de sus rivales, que no tienen ni sinceridad ni valentía para mantener y practicar sus convicciones.

"La Razón".

PALACIOS

El popularísimo diputado por la capital de la república, presenta esta tarde, personalmente, la renuncia de su mandato, que le confirieron en 1912 treinta y un mil ochocientos tres ciudadanos. La causal de su determinación es conocida: cuatro mil trescientos afiliados socialistas, de los cuales más de la mitad no pertenecen al distrito electoral de la capital, es decir, que no fueron electores de Palacios, han resuelto considerarlo separado del partido a que el bizarro luchador dedicara sus mejores energías en quince años de lucha ímproba, en el comité, en la plaza, en la cátedra y en el congreso.

La cámara no debe aceptar esta renuncia, porque Palacios, aparte de sus prestigios y de

que hace honor a la banca que ocupa, representa muchísimo más que la opinión de los delegados al congreso socialista, que votaron su separación. Palacios no fué a la cámara por 4300 votos sinó por cerca de 32.000, como ya lo dijimos, en la misma elección en que los demás candidatos de su partido sólo obtuvieron 14.000. Palacios representa, en consecuencia a más de los 14.000 votos socialistas, los de 18.000 ciudadanos independientes.

Un sentimiento de delicadeza muy respetable y comprensible lleva a Palacios a presentar su renuncia; pero la cámara debe tener muy en cuenta la circunstancia anotada, respetando la opinión de esos 18.000 ciudadanos.

A los mismos afiliados del partido Socialista que antes de ayer votaron la separación de Palacios, obedeciendo a una consigna conocida de antemano dentro y fuera del partido, conviene más que a nadie la presencia de aquél en la cámara de diputados. Palacios es un socialista sincero y trabajará desde su banca en pro de sus ideas aún cuando esté separado del partido.

A las consideraciones anteriores debemos agregar otra. En el banquete con que anoche

clausuró sus sesiones el congreso socialista, quedó evidenciado el propósito de los dirigentes del partido, propósito inconfesado hasta ayer, de separar a Palacios de la agrupación. Todos los oradores, a excepción de uno solo —el doctor de Tomaso—se cebaron en la personalidad política del que ha sido uno de los más esforzados del partido, del que no se detuvo ante nada ni ante nadie, ni se arredró ante los más serios tropiezos, del que no escatimó sacrificios y del que muchas veces pusiera en peligro su vida en momentos de serios movimientos populares. Anoche—decíamos—se llegó hasta lo inaudito, pues hubo orador que se personalizó con crueldad en el que fué su compañero y leal desinteresado...

La cámara, pues, debe desestimar la renuncia, no sólo porque ella no se justifica, no sólo por respeto a los 32.000 electores de Palacios, sino por simple deber de solidaridad con uno de sus miembros, al que se ha querido anoche llenar de oprobio.

"La Gaceta de Buenos Aires".

UN HOMBRE

El congreso socialista confirmó la resolución del comité ejecutivo del partido: el doctor Palacios queda así definitivamente separado de las filas en las cuales lucha desde hace tantos años, con tanto entusiasmo y con tanto éxito popular.

Es lo que se había previsto y es lo que debía suceder dada la índole individual de uno y la de los otros, que constituyen la mayoría directiva de la agrupación. Palacios no podía coincidir minuciosamente con el pensamiento y con las formas de ese grupo que posee una sola noción de táctica y un solo concepto de justicia, consistente en la obstinada hosquedad y en el erizamiento perpetuo. Socialista perfecto en la doctrina y en la práctica, Palacios ha observado en su primera y en su actual diputación una conducta llena de dignidad y su obra de reforma social es la más eficaz y la más visible. Mientras el resto de los socialistas se ha consagrado a la revisión irritada de la tarifa de avalúos, convirtiendo la renta aduanera en el sistema exclusivo casi de su acción, Palacios ha realizado una labor

amplia y fucunda. Ha hecho eso mismo y ha hecho lo que otros no intentaron. En efecto, fué un criticq áspero de la administración oficial y un censor agudo de los errores económicos. Pero junto con esa tarea de análisis ha concretado una obra constructiva.

Suyas son las leyes obreras sancionadas; suyas son las iniciativas mejores. Esto no impidió al órgano del partido socialista declarar que la labor parlamentaria de Palacios se debe a la simpatía que inspira a los diputados burgueses. Debe ser exacta la afirmación, porque sin duda alguna, Palacios posee el secreto de la simpatía así como sus correligionarios de ayer poseen el arte de lo contrario. Es quizás éste el móvil oculto del encono que despertara en el grupo ortodoxo. Lo decimos porque no existe otra razón que justifique la separación, como lo probamos días atrás. Eso del duelo no es más que un pretexto. Palacios se ha batido antes, como se batieron en Europa los leaders más caracterizados del socialismo. Y queremos creer que Lassalle fué tan socialista como el doctor Justo, Jaurés como el señor Cúneo, Bisolatti como el ciudadano Giménez. Se batieron y no fueron expulsados.

De modo que la separación de Palacios obedece en realidad a propósitos distintos. Es un hombre libre y ésta es la cuestión. El comité no lo manda y domina como a los diputados restantes del partido; razona por su cuenta, obra por su voluntad personal. Es lo que los irrita. Palacios es también patriota. Los otros, que llevan a la política una opinión extranjera en su origen y aplican una doctrina abstracta, ven en ese gallardo y generoso paladín de la democracia argentina, rasgos cuya ausencia forma en ellos la falta de vínculo real con el país. Libre, fuerte, no era el espíritu indicado para subalternizarse a un núcleo guiado por intereses aislados y movidos por fines que aun dentro de su máxima utilidad no compensan el sometimiento de una conciencia independiente.

Por lo demás, Palacios nada pierde con la separación. Volverá a la cámara elegido por la vasta mayoría de la ciudad y continuará su obra de gran legislador. Ganará con el mal que quieren inferirle los socialistas. Su obra ganará en amplitud y en belleza al perder en trabas teóricas y partidarias, buenas para los mediocres, pesadas para los espíritus de fisonomía

acentuada. Saludamos en el doctor Palacios al próximo electo por la metrópoli.

"El Correo de la Noche".

PALACIOS

Ha sido expulsado del partido socialista el doctor Palacios. Las causas de esta extrema resolución del partido nombrado, ya son conocidas.

Es decir, las causas en realidad no existen, por cuanto el legislador, víctima de la deprimente sanción, ha sido consecuente con la norma bien altamente confesada durante su vida pública.

El pretexto del autocrático grupo que maneja a voluntad la absoluta inconsciencia socialista, fué el incidente Palacios-Oyhanarte.

El comité ejecutivo de la envanecida secta no podía tolerar por más tiempo la plausible y eficaz actuación en su seno, de un caballero que, al conquistar a golpes de talento mejoras y ventajas para la clase obrera, hiciera al mismo tiempo declaraciones del más puro y franco nacionalismo. Esas arrogancias aplaudidas

por la opinión, hirieron repetidas veces la vanidad de los cuatro o cinco carbonarios que usufructúan el dolor colectivo de la gente de trabajo. Palacios, siempre arrojó sombra sobre ellos.

Además, fué él quien dió personalidad al partido socialista, entidad absurda y negativa, hasta el día en que el vehemente "leader", ocupó una banca congresil e hizo resonar en el ambiente el grito de todos los dolientes del país.

La dinastía "Chercofiana", que domina desde su irresponsabilidad cobarde al partido socialista torciendo sus rumbos verdaderos y haciendo ineficaz su acción para el pueblo, da, con la expulsión del doctor Palacios, al fin, el golpe larga y pacientemente esperado.

No somos admiradores del vibrante diputado socialista a quien se intenta descalificar con una degradación cívica; pero sí somos sinceros amigos de la democracia. Y el acto realizado por el comité ejecutivo del partido socialista, significa un atentado contra ella; por eso lo protestamos. Se expulsa a un hombre, no por fundamentales disidencias con él, sino por haber llevado hasta el énfasis declamato-

rio sus sentimientos patrióticos. Del mismo modo, la morbosa dinastía de ese comité borraba, no ha mucho tiempo, la palabra "argentino" de su título, para que el socialismo criollo expresara más claramente sus tendencias internacionalistas.

La resolución del Comité Ejecutivo

En la sesión ordinaria del 5 de junio de 1915, bajo la presidencia del diputado Cúneo y con asistencia de los miembros del comité Bravo, Comolli, Grosso, de Andréis, Dickmann (A.), del Valle Iberlucea, Iñigo, Carreras, Luoni y Vidal, y de los diputados Jiménez, Justo, Repetto, Zaccagnini y Dickmann (E.), se acordó que por secretaría se comunique a las secciones afiliadas que el ciudadano Alfredo L. Palacios ha dejado de formar parte del Partido Socialista, conforme a la disposición de los estatutos que determina la eliminación de hecho del afiliado que acepte o envíe padrinos o intervenga en los llamados lances de honor.

El diputado Palacios pide que el Comité lleve al próximo congreso su apelación de lo que dispone el artículo referido de los estatutos.

El Comité resuelve no aceptar la apelación por tratarse de una disposición concreta y terminante de los estatutos mismos, sin perjuicio de que el interesado ocurra directamente al congreso del Partido. Votan afirmativamente esta resolución los ciudadanos Dickmann A., Vidal, del Valle Iberlucea, Luoni, Iñigo, Carreras, Bravo, Comolli, Cúneo. Negativamente, los ciudadanos de Andréis y Grosso.

EL CONGRESO SOCIALISTA

Desde que como consecuencia de esa prueba de la acción política en posiciones oficialmente representativas, — primera forma de acción gobernante que es la prueba del fuego para todos los partidos radicales, — se acusaron en el seno del socialismo tendencias antagónicas, desinteligencias bien visibles, por lo menos, que hicieron crisis con motivo de la actitud del diputado Palacios ante la cuestión de las llamadas responsabilidades caballerescas, el anuncio de la reunión del congreso del partido determinó una expectativa de curiosidad y de interés en la opinión general.

Para los expectadores más superficiales esa curiosidad radicaba en el hecho inmediato de la proposición del caso Palacios, o sea, la cuestión del duelo, a la decisión del espíritu socialista representado en el congreso por el pen-

samiento y la acción dirigentes, a la vez que por el criterio y la voluntad de la masa popular del partido.

Para la opinión más atenta al valor significativo de los hechos, el interés convergía en el sentido de conocer la situación real, en cuanto a tendencias y orientaciones, de una agrupación que interviene con acción considerable y ánimo trascendente en nuestra vida pública; situación real que debía ser revelada no sólo por el voto concreto sobre el asunto Palacios, sino por los actos o manifestaciones concomitante con el significado de ese voto.

Porque la cuestión del duelo en el socialismo radicado aquí, tiene otra importancia que la cuestión del duelo en abstracto.

La resolución del congreso socialista del Rosario, que suprimió del estatuto del partido el artículo, — y con él el dogma, — prohibitivo del combate singular decisorio del conflicto suscitado por ofensas personales, tuvo en realidad significado muy importante. Como que importaba una capitulación del espíritu socialista universal con las peculiaridades del espíritu local, en que la altivez genuina y tradicional tuvo y tiene, dígase lo que se quiere, ins-

tituído el viejo culto del coraje. Renunciar a la prohibición del duelo era, pues, un signo de adaptación del socialismo al carácter nacional en cuanto éste gravitaba sobre la ideología de aquél con la presión de una de sus peculiaridades más irreductibles.

Por lo mismo, la reacción contra este acto de avenencia significaba una reacción del espíritu de generalización abstracta o teórica, exótica en el sentido del caso este, contra esa influencia del sentir genuino, que no razona ni teoriza todavía sobre tal materia.

La reacción se ha producido con el voto del congreso, que sanciona otra vez el criterio antiduelista; y esto tiene tanta más importancia significativa cuanto que la preponderancia del espíritu y la voluntad antinacionalistas se ha manifestado también con la sanción relativa a los derechos de los afiliados, que atribuye voto sobre la participación del partido en las elecciones y designación de candidatos, a todos aquellos que cumplan el requisito único de seis meses de antigüedad socialista, contra lo propuesto por la mayoría de la comisión, que exigía en los correligionarios posesión de los derechos políticos para poder intervenir

en esos actos; es decir: naturalización argentina en el caso de extranjeros.

Tratándose de una fuerza cívica que actúa con tanta decisión en nuestra vida política y que ha obtenido, no hay por qué desconocerlo, el concurso de muchos elementos accidentales en sus últimas campañas comiciales, esa sanción reaccionaria contra el espíritu nacionalista tiene una importancia que no parece necesario subrayar.

La actitud del congreso en estas cuestiones es lo que más generalmente puede interesar á la opinión pública local, pero no dejan también de tener su significación interesante las otras manifestaciones del estado de los ánimos en el partido, en cuanto, sobre todo con el antagonismo revelado entre los "intelectuales" o "doctorcitos" y los de pura cepa obrera, acusan una situación de hostilidades internas que ¡ay! suele afectar la integridad de los ideales superiores, unos e indivisibles, de los partidos más empeñados en reformar este pícaro mundo cuando el pícaro mnudo de la política llega a materializar los ideales en forma de puestos públicos...

"La Nación".

PALACIOS

El congreso socialista confirmó ayer, por gran mayoría, la resolución del C. E. del partido, en la convocatoria de voto general para incorporar a sus estatutos una cláusula condenatoria del duelo y denegó la apelación interpuesta por el doctor Alfredo Palacios a otra resolución del partido.

No nos corresponde juzgar, ni apreciar, el criterio y las preferencias personales que inspiraron el voto de los delegados socialistas. Nuestra absoluta desvinculación de los actos de ese partido, nos permite, sin embargo, considerar esta incidencia sin pasión, con absoluta imparcialidad, manifestando honradamente el sentimiento que esta separación nos inspira y que nace de la observación serena de los méritos acreditados por el doctor Palacios, durante su vida pública y su carrera política.

Una divergencia exclusivamente sentimental, como que arranca de una concepción personal distinta acerca de la manera de afrontar y resolver situaciones de honor y de decoro, ha sido suficiente para que el socialismo olvide en un momento, todo lo que debe en

muchos años a la acción tenaz e inteligente, a la palabra elocuente y a la labor infatigable, del doctor Alfredo L. Palacios. Es sensible que no se haya sabido respetar, en nombre de una doctrina que defiende la libertad de ideas y de conciencias, el libre albedrío y el sentimiento íntimo de uno de sus más meritorios propagandistas. Es sensible, como antecedente, que el trabajo y el sacrificio personal, realizados en los años de mayores dificultades, nada valgan y nada signifiquen, en el preciso momento en que los recién llegados aprovechan de sus frutos.

Puede el doctor Palacios retirarse sin amarguras del partido que sirviera con tanto entusiasmo, con tanta energía y tanta lealtad, durante tantos años. El país, que ha seguido con interés y con simpatía su actuación, tiene formada al respecto una opinión que no logrará conmover la ingratitud de sus correligionarios.

Al fin y al cabo, conocidas las modalidades del doctor Palacios y las altas cualidades de su carácter, es evidente que no podía encontrarse cómodo entre sus colegas de representación y entre las autoridades de su partido. La resolución de ayer, que le deja absoluta liber-

tad de acción, le permitirá desenvolver en otro campo sus actividades, — que no tienen derecho, los hombres como él, de negar al país el concurso de su inteligencia y de su trabajo, — en otro campo donde se respeten más las opiniones y donde los caballeros pueden extender la mano a la gente de su clase.

"Tribuna".

LA CONSAGRACION DE PALACIOS

El banquete a Palacios resultó lo que debía ser; resultó su definitiva consagración de hombre público y su decidida proclamación como candidato de la metrópoli íntegra a la banca del congreso, que dejó en un rasgo de dignidad que le honra y que se debe a la absurda arbitrariedad de sus correligionarios, que le enaltece.

El partido socialista pudo sín duda ejercer en Palacios su ensañamiento de secta; pudo intentar, en beneficio de su disciplina, mutilar su altivez indómita del caballero y del ciudadano, haciéndolo por saber que no aceptaría vejación y por ende se alejaría de ellos con

la necesaria dignidad de todo bien nacido. Pero hoy, los socialistas están arrepentidos. Su acto inquisitorial ha producido consecuencias demasiado graves: no es un hombre el que se separa del partido, es una fuerza integral y activa que al aislarse sustrae a la agrupación vastos elementos, base mañana de nuevas aglomeraciones en torno de su figura admirable y de sus ideas generosas de justicia y de equidad.

No ha de preocuparnos la situación personal de Palacios; es excesivamente fuerte para dejar de triunfar una sola hora y es en demasía desinteresado y noble para ver en su suerte personal lo céntrico del problema emanado de su separación. La trascendencia del caso reside en la situación misma del partido socialista en presencia del país. Con el suceso de Palacios, el pueblo se persuade que se trata de un grupo cuyo programa, sensato en tantas pruebas, puede y debe avenirse con cualquier forma de política, en tanto el grupo que ahora lo sustenta no se aviene con lo más argentino de la nación, con lo íntimo de la patria, que Palacios llevaba al militar en sus filas, en pleno pecho honrándose con ello. El

pueblo ya sabe, pues, que los socialistas no son argentinos y es por esto que expulsan a Palacios, argentino de bella estampa, que reclamamos todos para nuestra comunidad y no para el usufructo limitado y ciego de una secta.

Es lo que hemos aprendido con la separación de Palacios y es lo que hemos proclamado en la memorable fiesta de ayer. Hemos recuperado a un gran argentino extraviado en filas extrañas a su pensamiento y a su nobleza y lo exhibimos hoy como una victoria de lo genuinamente nacional; es el pueblo de Buenos Aires el que se expresó ayer firmando el cartel unánime de su candidatura a la banca, que le devolveremos exornada con la bandera de la patria.

"Correo de la Noche".

PALACIOS

El órgano socialista despide en su número de ayer al diputado Palacios. Tal es la impresión que nos ha producido aquel artículo en el cual se declara separado del partido, por haber aceptado un lance de honor, al hombre

que ha servido con más brío y más eficacia a la causa de esa agrupación. Fué el doctor Palacios el que dió carácter nacional, con su primera diputación, al grupo todavía minúsculo entonces de los socialistas argentinos. Llevó al congreso el programa de su partido y trabajó por sus principios con ese ahinco y con ese entusiasmo que forman el rasgo moral más bello del leader. Es su obra inteligente de innovación útil y de crítica laboriosa la que ha determinado en el país un movimiento de curiosidad y de simpatía hacia el núcleo que propagaba, en un medio sin prejuicios, los ideales hoy compartidos por una buena parte del electorado aparentemente socialista. Con ello no negamos la tarea reconocida y visible de personalidades tan acentuadas como el doctor Justo, por ejemplo, que combaten desde el comienzo, por ideas análogas. Queremos señalar tan solo la decisiva influencia del diputado Palacios en el desarrollo del socialismo argentino, influencia que, al parecer, le disputan los demás jefes de la agrupación con un encarnizamiento poco confraternal por cierto.

No bien ingresaron a la cámara otros elementos del partido, se iniciaron las disputas

en torno del doctor Palacios. Las rencillas del comité trascendieron y nadie de sus camaradas le ahorró dentellada. Se le excluyó ostensiblemente, se le hostilizó de un modo evidente. A todo eso, ningún acto del doctor Palacios permitía justificar semejante procedimiento. Su conducta política, sus opiniones doctrinarias coincidieron siempre con las opiniones y con la conducta de los demás miembros del grupo parlamentario. Sin embargo, las disidencias se producían cada vez con más intensidad hasta que la cuestión del duelo dió a la mayoría del comité ejecutivo asidero a su enemistad hacia el doctor Palacios. El artículo 40 del estatuto prohibe dogmáticamente batirse. El asunto se llevó a un congreso del partido y Palacios venció en el congreso. Poco tiempo después, el comité reaccionó contra una resolución tan autorizada con un voto general cuya provocación prueba tan solo en sus inventores el deseo de desalojar al presunto adversario de su fuerte posición dentro del partido. La cláusula fué reincorporada al reglamento y en su virtud se considera ahora separado al doctor Palacios de las filas cuya prosperidad se debe en crecida proporción a

su constante esfuerzo de propagandista. La situación del doctor Palacios, no depende hoy, según creen muchos, del terrible comité. El 9 de julio se celebra el congreso socialista y sus delegados resolverán el caso. Se puede prever desde ya que ese congreso confirmará al expulsado de hoy en la banca que ha prestigiado con su talento y con su energía.

El hecho en sí es, por lo demás, interesantísimo. Los socialistas, quieren hacer del duelo una cuestión de índole principista cuando es únicamente una cuestión de sensibilidad personal. Uno se bate o no se bate de acuerdo con su concepto individual del honor y de su noción íntima de la delicadeza. Palacios reivindica para sí una libertad de la cual no pueden ser jueces sus correligionarios que aceptan el manoseo en homenaje al absurdo de un principio. Que ellos lo respeten y lo obedezcan es cosa aceptable; que lo impongan a los demás como si fuera la doctrina del librecambio o la socialización de los medios de consumo, nos parece simplemente cómico. Esa rigidez no se justifica por otra parte. En todo el mundo donde hay duelo los socialistas que tienen un criterio normal de la delicadeza se

baten con frecuencia. Jaurés atravesó la frontera para batirse; Defelice Giuffrida se batió con Macola, Giacomo Ferri se batió con unos cuantos y por último, citemos el caso clásico: Lassalle, fundador con Marx del socialismo científico, murió bellamente en un duelo. La insistencia del grupo ortodoxo de "La Vanguardia" sobre un asunto de interpretación tan individualísima, no evidencia más que el anhelo de alejar a Palacios. Ellos dirán que fomentamos la intriga con afirmarlo. La política socialista no nos interesa; nos interesa el acontecimiento y nos interesa Palacios, que es un perfil de varón que medita y obra por su cuenta ante un grupo que obra y medita por concatenación recíproca.

Dicen los miembros del comité ejecutivo que se va una voz con Palacios. Se equivocan. Se va de sus filas una personalidad llena de fuerza, de talento, que los benefició con sus grandes condiciones de luchador; enérgico, valiente, de rara probidad, se grabó en el espíritu de la muchedumbre con líneas viriles hasta fijar en la imaginación popular su silueta de combatiente. Su brío, su desinterés, ese tesoro de generosidad que constituye la nobleza de

su carácter podrán disgustar a los socialistas uncidos al estatuto como a un par de varas, pero en cambio honran al país, honran al hombre argentino.

"La Mañana".

LA RENUNCIA DE PALACIOS

Como se esperaba, la cámara de diputados no ha aceptado la renuncia presentada por el doctor Palacios en la sesión de hoy. Ha sido un bello gesto, que hace honor a nuestros legisladores que, sin hacer distingos de filiación política, han demostrado al incansable paladín de las causas obreras la simpatía que una actuación noble y levantada de doce años de labor parlamentaria ganóle entre sus colegas, como la ganara, en buena lid, entre el pueblo de la capital que lo escogiera como representante.

Ha sido un bello y justiciero gesto. Palacios no debe retirarse del congreso porque—y hoy ha quedado ampliamente demostrado—su representación tal vez más que socialista es popular y ella no debe ser declinada sino ante la evidencia—que no existe—de que son los que

lo han elegido los que provocan su alejamiento.

Hasta los mismos socialista que en el congreso socialista, por una circunstancia particular lo pusieron en el trance de renunciar, por dignidad, su banca parlamentaria, hicieron justicia, en la cámara, al ex compañero, cuyo retiro traería tal vez hondas perturbaciones al partido socialista.

Contrasta, en verdad, esa actitud de los legisladores socialistas en la cámara con la que adoptaron en el congreso del partido y suena a debilidad o a arrepentimiento, el elogio tardío que han hecho de quien fué su avanzada, tanto en el parlamento como en la lucha por el mejoramiento del proletariado y a quien no obstante, no vacilaron en sacrificar en nombre de un prejuicio sobre otro prejuicio.

La alabanza, por lo tardía, no tiene ya virtud: menos que eso, ha sido contraproducente y si continúa, Palacios, en la cámara, se deberá, no a la actitud incomprensible y de última hora de los diputados socialistas, sino a la hermosa demostración de aquiescencia y de simpatía hecha por sus colegas del congreso y por el pueblo, que aplaudió, con calor, la noble y levantada conducta de su representante.

EL DOCTOR ALFREDO L. PALACIOS

Ha sido el tema de la semana, la renuncia del cargo de diputado nacional que hiciera en los últimos días el doctor Palacios, que desde largos años venía actuando en las filas del partido socialista, a cuya causa se consagró con todas sus energías, y con todas las altiveces de su espíritu.

Las causas que determinaron su actitud, en el seno de su partido, son ya del dominio público; y sería demás considerarlas, cuando como fiel convencido de su causa, ha dejado en la larga trayectoria de su vida pública, el más elocuente ejemplo de austeridad cívica, y en la jornada de su acción parlamentaria, la más fecunda de las enseñanzas, con que se dignifica la labor de los que se consagran en su investidura para representar dignamente al pueblo, que lo eligiera en comicios libres.

Es en verdad sensible, que ciudadanos de la talla del doctor Palacios, se alejen aunque mo-

mentáneamente del campo de las actividades, en que debieron actuar siempre, porque en la talla del doctor Palacios, se alejen aunque momentáneamente del campo de las actividades, en que debieron actuar siempre, porqué en la elevación de miras con que se caracterizó en todos los instantes, este apóstol de su causa, resplandeció el pensamiento elevado de los grandes y buenos servidores de la patria, cuando en el cumplimiento de su mandato, se consagraron al ejercicio de su cargo con todo el esfuerzo, que implica servir los altos intereses de la nación.

Nosotros distinguimos siempre al doctor Palacios, no como hombre de partido, porque no fuímos nunca militantes de esa causa, ni de ninguna otra, pero sí, reconocimos en aquel caballero, al distinguido ciudadano, que supo hacer vida virtuosa en las corrientes del civismo, y que en todos los instantes en que hubo que bregar por las libertades públicas, su palabra llena de unción patriótica, supo conmover a las masas populares, como que palpita dentro de su pecho un corazón argentino.

No obstante la resolución inquebrantable con que fundó su renuncia, lo que dió motivo

para que fuera aceptada por la honorable Cámara a que perteneció, esperamos que pronto ha de volver a ser el valiente soldado en las luchas parlamentarias, donde ha dejado estelas luminosas, y en donde su banca vacía hoy, lo reclama con el respeto de que supo rodearse, por la autoridad de su palabra y lo grande de sus ideales.

Los numerosos homenajes que se le han de tributar en breve al distinguido ciudadano, será la prueba más elocuente de los afectos que supo grangearse siempre en las filas del pueblo.

Entre tanto, vaya hasta él, el saludo de nuestra hoja.

"El Progreso".

PALACIOS

La dimisión del doctor Palacios, aceptada el miércoles por la Cámara de Diputados, ha tenido la virtud de provocar en el espíritu público, una manifestación de elocuente simpatía al prestigioso tribuno. El voto del congreso socialista, al ratificar la resolución de la Junta Ejecutiva del partido, se ha ceñido estrictamente las reglamentaciones internas del parti-

do. Desde este punto de vista, nada ha de objetarse al veredicto de la asamblea que se fundamenta en razones de disciplina, ajustándose a las sanciones contenidas en la carta orgánica. No hemos pues de juzgar a Palacios, afiliado a una entidad política que impone su sentir y su albedrío a los estatutos que limitan su libertad individual y asume, resueltamente, como cuadra a su estirpe caballerezca, la responsabilidad de sus actos personales. Es al Palacios, tribuno popular, que consagrara durante quince años de constante actividades y sus anhelos por el bienestar de las clases asalariadas y al de la prédica bizarramente sostenida en el Parlamento, al legislador de las primeras leyes de protección a las masas obreras, a quien debemos unir en esta hora no de reivindicación, sinó de prueba, el homenaje que sus méritos reclaman. La figura de Palacios está unida al socialismo argentino desde la época indecisa de su iniciación, en que a los voceros de una teoría de humanidad se les tildara de líricos o audaces, y puede afirmarse que, frente a las vicisitudes de la empresa, jamás sus energías amenguaron ni hubo de claudicar en ella porque le animaba la incontras-

table firmeza de sus ideales. Nadie concibió al socialismo sin Palacios a su frente; las mismas muchedumbres le erigieron en campeón de la causa y ha de rendírsele el honor de mantener bien alto, que siempre correspondió a las aspiraciones de su pueblo y tradujo su pensamiento y sus esperanzas en prácticas obras de beneficio colectivo.

La Cámara joven, desde la que comenzara a realizar el programa socialista, en un ambiente no amable a veces a sus propósitos, ha evidenciado el acatamiento y el respeto al colega que se aleja, porque Palacios, colocado en el terreno de la razón y la justicia, equilibró la ardentía de su lucha con la consideración al adversario, desdeñando por inferiores las arremetidas enconadas que parecen caracterizar a sus compañeros de ayer y levantando serenamente la voz recia, inspirada en la ecuanimidad, para dignificar el mandato y honrar a su mandatario. Palacios, el más legítimo de los representantes populares, ha dejado transitoriamente su banca. Y Buenos Aires, que cede a las espontaneidades de su espíritu noble, se dispone a reiterarle en el recinto de sus éxitos. Tenemos la convicción profunda de que el dis-

tinguido parlamentarista volverá a su cargo ungido por el sufragio unánime, y lo presentimos porque quien agrupa en su torno las simpatías del encumbrado y del humilde, y recibe hasta el aplauso de los que deprimen sus ideas, demuestra que no ha menester de círculos que le proclamen, ni de caudillos que le amparen; la voluntad popular así lo determina y el mejor vehículo de triunfo se le ofrece en esta vibración de entusiasmos y de afectos que exponen su tributo conceptuoso a la brillante actuación del caballeresco y firme socialista.

"Buenos Aires".

PALACIOS

Hace varios días que el II Congreso Socialista, confirmando la resolución del C. E. del partido, ha expulsado definitivamente de sus filas al legislador doctor Palacios.

La prensa en general se ha venido ocupando del asunto y censuró unánimemente, no ya la expulsión en sí, sino el hecho de no habérsele concedido al diputado Palacios el derecho de apelación ante el congreso del partido. Nos-

otros diremos también algunas palabras sobre el punto, no porque nos interese ni nos seduzca en el sentido de hacer la defensa del expulsado por tratarse especialmente del doctor Palacios, con quien no tenemos ni afinidades ni rivalidades políticas, y sobre todo nos pone a cubierto de cualquier sospecha de parcialidad la franca declaratoria que hacemos en otro lugar, donde advertimos que no estamos enrolados en ninguna agrupación. Efectuamos el análisis del caso serenamente, sin criterio de banderías, para detenernos a evidenciar lo que tiene en su esencia de atentatoria y absurda esa expulsión...

Y decimos que es atentatoria y absurda esa resolución del congreso, precisamente porque viene a violar derechos individuales con cuya defensa hemos oído decir que brega el socialismo... Sabe todo el mundo que al doctor Palacios se le expulsa por ser un cultor del duelo; y, conviene recordar que esta forma de obtener reparaciones honrosas a los agravios de que puedan ser blanco los hombres en determinados momentos de la vida y máxime si desenvuelven sus energías entre el apasionamiento de la lucha política, encarna un dere-

cho personalísimo que no puede ser privativo del doctor Palacios, por más "Mosquetero" que sea, pues tampoco lo crearon para su uso exclusivo D'Artagnan, Aphis, Cyrano o Cavallotti, sino que es una norma de conducta que data de tiempos inmemoriales, consagrada en todas las sociedades; aceptada por los grandes maestros del socialismo, Lasalle, Jaurés, Vandervelde y otros que no pasaron nunca por las horcas caudinas de un congreso de mediocres subordinados al criterio del pontéfice máximo, so pena de ingresar en la "lista negra" de un C. E. que se sentía opaquecido ante las virtudes ciudadanas del leader expulsado.

Defendemos ese prejuicio caballeresco como se ha dado en llamar, porque revela un espíritu amplio de responsabilidad en sus cultores; porque pone un freno al dicterio y obliga a meditar el concepto, cuando se sabe que éstos traerán apareadas el indecoro de las retractaciones o las reparaciones peligrosas; que de por sí es simpático en lo que tiene de varonil, cuando se arriesga la vida al sostener a su costa las actitudes o pronunciamientos que determinaron el duelo; y que, sobre toda otra consideración, siendo, como sostenemos un

derecho personal aceptar o declinar el lance, no estamos concordes en la conveniencia de intervenir en el criterio ageno, y menos cuando sus repudiadores no tengan para combatirlo otra razón fundamental, que na sea aquella, que "su realización cuesta unos cuantos pesos".

Estas y otras razones hubiera hecho saber el diputado Palacios ante el Congreso de su partido para justificar su criterio con respecto a las cuestiones de honor. Pero contrariamente a lo que se suponía no se le concedió el derecho de apelación a que tenía derecho de aspirar. El circulillo del C. E. temió no sólo la elocuencia oratoria del doctor Palacios, sino a que éste descorriera muchos velos y proclamara otras tantas verdades. Por otra parte, la mayoría de los delegados votaron presionados por los directores del partido; no en otra forma podría explicarse que en el breve transcurso de dos años, se realizara tan rara evolución de criterio, pues en el congreso anterior llevado a cabo en el Rosario, planteada la misma cuestión, triunfó plenamente el pensamiento del doctor Palacios.

Pero no vamos a insistir sobre esta faz su-

perficial del asunto. Terminaremos ocupándonos de los verdaderos y valederos fundamentos de que se sirve encubiertamente el C. E. para expulsar de sus filas al legislador Palacios. Su condición de "duelista por sport", en que pretenden colocarlo al referido diputado, es simplemente un pretexto para eliminarlo del partido. Cuando el doctor Oyhanarte dijo en la Cámara que el leader Palacios se hallaba al borde del abismo, nadie se alarmó; lejos de ello, la opinión general lo tenía muy sabido y se esperaba por momentos la efectividad de su expulsión.

Palacios, como Ugarte, no puede ser socialista a la manera de los del montón. Aman su patria, son antes que todo, argentinos y como tales tienen el orgullo de la nacionalidad. Caballeros y bizarros llevan la pasta romántica de nuestros abuelos. El uno es poeta y el otro no menos idealista, aunque no concomite con las musas. Por eso saben de los grandes amores: la Patria y el Hogar. Amarán, como aman todos, el progreso y bienestar del mundo, pero no olvidan, obsecados, que, los buenos argentinos no pueden declinar los sentimientos esencialmente nacionalistas a pretexto de con-

vertirse en arquitectos de quimeras de suyo impracticables: de la misma manera que comprenden que la bandera azul y blanca debe presidir a todas las del orbe aunque vengan a nuestro suelo saturadas de anhelos generosos y propósitos nobiliarios.

Conviene, pues, dejar sentado que por ser nacionalistas y no por la futilidad de una incidencia cualquiera, Palacios y Ugarte no han podido permanecer en el partido socialista.

Nos imaginamos con la lógica consiguiente, que, entre los cuarenta y tantos mil sufragios que obtuvo el socialismo en la última elección de la capital federal, podrán incluirse sin duda los de varios miles de ciudadanos patriotas que votaron a su favor sin meditar serenamente en lo que esta agrupación representa en la república, o de lo contrario, confundidos por la presencia en sus filas de argentinos a la buena manera del doctor Palacios. A ellos entonces conviene recordarles qué, cuando apenas hemos trasmontado entre vicisitudes y heroismos las primeras etapas de la vida independiente y propia; cuando recién, en la apasibilidad del tiempo nuevo, hacemos esfuerzos para grabar con exactitud en la retina,

el cuadro magno e imperecedero de nuestra joven historia, llena de altruísmos y desbordante de generosidad; cuando sentimos más hondas y sonoras las vibraciones del alma nacional cantando en nuestro espíritu el himno epopéyico de la primer centuria de libertad vivida; cuando debiéramo erguir altivas y jubilosas nuestras frentes para saludar el sol del próximo 16 con escultaciones unánimes y sagradas que condensaran todos los homenajes de un pueblo orgulloso y agradecido de sus antepasados, todavía más grandes a través de las evoluciones de las épocas; cuando los argentinos que no dejaron olvidar el blasón de la estirpe arrojado al fango de las decadencias morales, y en unión de los extranjeros que cimentaron su hogar en esta tierra y labraron su independencia económica al calor de la generosa prodigalidad de nuestras leyes, se aprestan a inclinar la vértebra genuflexivamente en el altar de las gloriosas tradiciones donde debemos olciar la misa cantada de nuesuna caravana de iconoclastas nerviosos, que van en marcha forzada a derrumbar los símbolos patricios, no sin antes haber expulsado de sus filas a los compañeros que, por debili-

dad o rebelión, cometieran la inconsciencia de creer en la grandeza moral de esos emblemas.

Felizmente las demostraciones de simpatía de que ha sido objeto el doctor Palacios con motivo de su renuncia de la diputación nacional, traducen claramente a que lado se inclina el sentimiento del pueblo de la capital que, con sereno razonamiento, ha sabido hacer distingos y aquilatar valores.

Veremos, ahora que las líneas quedan tendidas, si en las próximas elecciones el partido socialista obtiene nuevamente un total de cuarenta y tantos mil sufragios, o si habrá disminuído el porcentaje de los votos argentinos.

"La Opinión Pública", Mendoza.

PALACIOS Y LOS SOCIALISTAS

Una vez por todas los hombres de la secta socialista, han consumado una barbaridad más, expulsando de las filas del partido al Diputado Dr. Palacios, leader y fundador del socialismo argentino.

La causa?

Es bien conocida de todos: haberse querido batir en duelo, en defensa de sus amigos cole-

gas los Diputados socialistas, incapaces de rodearse de la hombria que escuda la delicadeza y honor de todos los hombres de temple.

Así, el Doctor Palacios, está en el caso de que el dueño de casa ha sido desalojado de ella, por una horda que penetrando a ella en carácter de sirvientes, se constituye en amo de la noche a la mañana.

Nuestra opinión al respecto, concuerda con la de toda la prensa del país en su gran mayoría, y es ésta: El partido socialista, al expulsar de su seno al Doctor Palacios, pierde a su leader más popular y prestigioso; abre en sus filas un claro que jamás podrá llenar, y pone el cúmplase a un cisma profundo que le será de fatales resultados. Se ha inoculado con ello el microbio de un mal crónico y de muerte, del cual difícilmente escapará.

Los dirigentes del socialismo, han dado la mayor prueba de egoísmo personal, que sienta muy mal a un partido que se dice pretende elaborar la mejora de la clase trabajadora.

De cualquier modo, el Doctor Palacios será siempre el prestigioso y popular caudillo, que lleva consigo las simpatías bien ganadas

del pueblo porteño, y el socialismo al perderlo queda herido de muerte.

Cuando se arrepientan de lo hecho será tarde ya.

"Diario Moderno", Córdoba.

LOS PARIENTES SON LOS PEORES

El "caso Palacios" surgido en el seno del socialismo argentino, está dando motivos a la reproducción de un frecuente y lamentable fenómeno consecutivo a las querellas y escisiones domésticas, fenómeno sintetizado en el proverbio popular que nos sirve de epígrafe. Los hermanos de la víspera, solidarios, abnegados y afectuosos, se tornan potencias agresivas que ninguna valla ni consideración respetan y no son pocos los Atahualpas y Borgias que, por lo menos en pensamiento y en efigie, matarían a sus hermanos por la pasión del predominio o la rabia del despecho.

Nosotros, los radicales, hemos soportado esas crisis dolorosas. Hubo y hay hombres— que por su constante labor, su generosa consagración a la causa, sus estudios, las pruebas dadas de su saber y rectitud, su insospechable y reconocida honestidad, merecieron de ami-

gos y adversarios todo respeto y consideración; pero bastó el disenso de una hora, la diversa manera de ver en un detalle o la imposibilidad de acceder a una demanda—justa o injusta—para que se agotara el léxico de los denuestos y la intención aviesa lubrificara como un álcales gomoso, toda la literatura crítica del disidente.

Reconocemos honradamente, que la recíproca suele producirse y que no nos merece mejor concepto. No son los partidos ni las religiones como las madres, que al caido y al desviado más le llaman y le quieren....

El "caso Palacios" ha determinado en el órgano máximo del socialismo y en los compañeros de causa que tienen funciones directivas, una campaña despectiva, acre, de arañazos envenenados. El gallardo paladín de la "buena causa", el esforzado y valiente batallador que tantas grietas abrió en nuestro mundo económico, político y social, aparece diariamente caricaturado de vulgar mosquetero, de híbrido demócrata, de exhibicionista estéril y desleal a su credo. "La cuña para se buena...."

Nosotros creemos que, en principio, el comité ejecutivo del Partido Socialista está en la

razón reclamando enérgicamente el cumplimiento de los estatutos y que están en lo justo esos estatutos cuando descalifican el duelo. Es éste un resabio del "Juicio de Dios" y una manifestación del "Culto del Coraje". Tiene una sujestión y fuerza inmensas en nuestras costumbres y para defenderse de ellas, es preciso que grandes y prestigiosas colectividades incorporen su repulsa como un precepto categórico. Los Buscovich y los espadachines, no pueden ser los tipos de referencia, de imitación y de dirección en una sociedad culta, laboriosa y libre. La justicia y el honor supeditados al capricho de una bala o de una estocada, es una aberración, una inferioridad, que casi siempre da estos resultados: la desaparición irritante y dolorosa de un Cavallotti o de un Lucio López...

Pero, aun equivocado, Palacios merece de sus hermanos de apostolado mayores respetos. El renombre, el prestigio, la simpatía y la eficacia de este joven cruzado de las ideas nuevas, no es reflejo de obra ajena ni exclusivamente de la causa sustentada, sino también de su espíritu cultísimo, de su actividad asombrosa, de su carácter acerado, de su hombría

de bien, de su generoso altruísmo. Palacios mitrista o radical o autonomista o anarquista, habría sido siempre un exponente, un directivo, respetado y querido por todos.

Los calvinistas del comité ejecutivo, si son capaces de quemar a un nuevo Servet, bueno es que piensen en su propio prestigio comprometido con esta injuriosa campaña contra el noble hermano de causa.

Y bueno es que todos nos miremos en ese espejo.

"El Diario", Paraná.

EL CONGRESO SOCIALISTA Y EL DOCTOR PALACIOS

No nos atañe a nosotros el ser jueces en el asunto Palacios que tanto dá que decir, ni demostrar la injusticia cometida: empero nuestra conciencia se subleva, y nos induce a reprobar la inexplicable actitud del Comité Ejecutivo, y protestar contra la aprobación otorgada por varios delegados, a una resolución injusta e inaplicable, por haber surgido de la venalidad.

La parcialidad puesta en evidencia desde los primeros momentos en que se inició el Con-

greso, ha dado margen a una anarquía que derrumba en un solo instante toda la cultura que pregonaba el Partido Socialista; demostrando al mismo tiempo, que en sus filas reina el desorden como en todas partes.

Todo se ha llevado a la práctica bajo la complicidad tácita de los dirigentes del Partido, que, revestidos de un antagonismo hácia el Dr. Palacios, consintieron en que se insultara impunemente a un hombre que, por el solo hecho de ser tal, merece el respeto de los demás.

Y el doctor Alfredo L. Palacios, el eterno sacrificado en pro de sus ideales, el constante defensor del obrero, el valiente gladiator que contra todos ha luchado, el orador con cuya verba atrae, seduce, conmueve y arranca aplausos a sus mismos adversarios, el defensor de las mujeres y de los niños, el socialista que tanto quiere a su partido hasta llegar al extremo de "violar los estatutos para defenderlo", ha sido separado de sus filas.

El órgano del Partido, de un Partido que hace 25 años que ha surgido en la República, desde hace tiempo ha iniciado una "moralizadora" campaña contra el duelo, campaña que

ha logrado cegar a los socialistas de ayer, a los socialistas hechos por medio de "vanguardias", pero que no han conseguido convencer a los socialistas de verdad, que analizan y deducen, y que han visto que bajo el rubro "Contra el duelo" se ocultaba la frase "Contra Palacios".

El Partido Socialista con la actitud asumida el 9 de Julio, se ha colocado al nivel de los partidos que con tanto enzañamiento combate, y ha retrocedido a la época en que primaba la razón del más fuerte.

El Partido Socialista que brega en sus diarios, en la plaza y en el Parlamento por la derogación de la ley social, que coarta la libertad de palabra, ha hecho también uso de dicha ley y ha negado a Alfredo Palacios, lo que no se niega a ningún criminal: le ha negado el derecho de defensa!

¿Y por que tal negativa? porque las razones que éste aduciría en su defensa iban a proclamar bien alto el derecho que le asistía y, derrumban la trama fraguada por los "popes", al amparo de una mayoría cegada por el pasionismo, que se entrega atada de brazos y piernas en manos de unos hombres que ambi-

cionan conquistar palmas copiando y repitiendo lo que su Maestro le ha enseñado.

Se imponía silencio a los defensores de Palacios, y se daba plena libertad para insultar, denigrar, desconocer la obra, la lucha y la persona del único socialista que no se doblega ante nada, que a nadie explota, y que todas sus energías y su peculio ha puesto ante el altar del Partido que hoy lo rechaza.

Los dirigentes del socialismo argentino, tenían un obstáculo ante sí, representado en la persona de Palacios, y han logrado desviarlo, no importa si con recursos conventilleros, o si con campañas que velaban su verdadero fin.

Y hoy, a esos moralistas, que ni siquiera se ruborizaron al ver a su Maestro sentado modestamente en el rincón más oscuro del Teatro "Verdi", los vemos henchidos de orgullo, festejando su victoria y ocultando su vileza!

Y entre los "moralistas", se destacó el delegado local, quién con un lenguaje indecoroso, haciendo derroche de improperios, ha descargado su ponzoña sobre el Dr. Palacios, a quien en otrora ha dedicado poesías enalteciéndole, lo cual pone en evidencia la falta de carácter, o un ánimo predispuesto a cambiar de pensa-

miento con tanta facilidad como cambian los vientos en un día.

En fin, el Partido Socialista Argentino, después de un cuarto de siglo de prédicas libertarias, se ha tornado oligárquico, y se quita a sí mismo su existencia, para darle mayor impulso, para dar álitos vivificadores a su eterno enemigo, a su constante pesadilla, al Partido Radical!

"La Voz de San Fernando".

EL DIPUTADO Dr. ALFREDO L. PALACIOS

Como lo anticipáramos en ediciones anteriores, el Congreso Socialista recientemente celebrado en Buenos Aires, acaba de confirmar la resolución del Comité Ejecutivo del citado partido, que como se recordará, de acuerdo con un artículo estatutario, ilegalmente incorporado a sus estatutos, había resuelto la expulsión del diputado Dr. Alfredo L. Palacios a raíz de un incidente parlamentario.

La separación intempestiva del Dr. Palacios, del Partido Socialista, al que brindara desprendidamente toda su riqueza moral e in-

telectual, sus brios y mejores años de vida, producirá, mal que pese a sus optimistas jefes, ¡ya que caudillos no les suena bién!, un cisma de proporciones que nos resistimos a precisar, pero, que en un plazo breve, en la primer elección que se verifique en la capital, podrá constatarse en toda su plenitud con todas sus reales desventajas,—tanto por el número como por la calidad,—para la fracción oficial, que encastillada en un estrecho círculo de egoismos y mezquindades, extraños e impropias en liders de una agrupación genuinamente democrática como lo sabemos es el Partido Socialista, paga con la expulsión ingrata y cobarde, las fatigas y desvelos de su primer y más prestigioso representante al parlamento Argentino.

Y decimos ingrata y cobarde expulsión, por la forma en que aquella fué dictada y más tarde confirmada, pues, en uno y en otro caso, contrariando los principios más elementales de democracia y justicia, se le ha expulsado, lo que importa una condena, sin permitírsele defender su situación personal dentro del partido, con respecto a la causa-pretexto generadora de su expulsión.

¡Cosa rara!... Hombres que diariamente condenan estos procedimientos desleales en los representantes de otros partidos en el congreso, no tienen empacho ahora, en recojerlos para luego practicarlos con los mismos de casa.

¿Y el ejemplo donde queda caballeros sin "honor de caballeros"?

"El Comercio", Ayacucho.

EL Dr. ALFREDO L. PALACIOS

Su renuncia a la banca parlamentaria

Ha sido el tema de la semana, la renuncia del cargo de diputado nacional que hiciera en los últimos días el doctor Palacios, que desde largos años venía actuando en los filas del partido socialista, a cuya causa se consagró con todas sus energías, y con todas las altiveces de su espíritu.

Las causas que determinaron su actitud, en el seno de su partido, son ya del dominio público; y sería demás considerarlas, cuando como fiel convencido de su causa, ha dejado en la larga trayectoria de su vida pública, el más elocuente ejemplo de austeridad cívica, y en la

jornada de su acción parlamentaria, la más fecunda de las enseñanzas, con que se dignifica la labor de los que se consagran en su investidura para representar dignamente al pueblo, que lo eligiera en comicios libres.

Es en verdad sensible, que ciudadanos de la talla del doctor Palacios, se alejen aunque momentáneamente del campo de las actividades, en que debieron actuar siempre, por qué, en la elevación de miras con que se caracterizó en todos los instantes, este apóstol de su causa, resplandeció el pensamiento elevado de los grandes y buenos servidores de la patria, cuando en el cumplimiento de su mandato, se consagraron al ejercicio de su cargo con todo el esfuerzo, que implica servir los altos intereses de la nación.

Nosotros distinguimos siempre al doctor Palacios, no como hombre de partido, porque no fuímos nunca militantes de esa causa, ni de ninguna otra, pero sí, reconocimos en aquel caballero, al distinguido ciudadano, que supo hacer vida virtuosa en las corrientes del civismo, y que en todos los instantes en que hubo que bregar por las libertades públicas, su palabra llena de unción patriótica, supo conmo-

ver a las masas populares, como que palpita dentro de su pecho un corazón argentino.

No obstante la resolución inquebrantable con que fundó su renuncia, lo que dió motivo para que fuera aceptada por la honorable Cámara a que perteneció, esperamos que pronto ha de volver a ser el valiente soldado en las luchas parlamentarias, donde ha dejado estelas luminosas, y en donde su banca vacía hoy, lo reclama con el respeto de que supo rodearse, por la autoridad de su palabra y lo grande de sus ideales.

Los numerosos homenajes que se le han de tributar en breve al distinguido ciudadano, será la prueba más elocuente de los afectos que supo grangearse siempre en las filas del pueblo.

Entre tanto, vaya hasta él, el saludo de nuestra hoja.

"Eco Social", G. Urquiza.

ALFREDO PALACIOS

No cabía su figura moral dentro del partido en que militaba y del que ha sido su más firme y poderoso sustentáculo.

Los cuervos que criara han intentado sacarle los ojos.

Expulsado del seno de la agrupación a que perteneció, Palacios se levanta, por encima de la envidia, erguido como el roble, fuerte como un hércules que lleva la fuerza en el cerebro.

Más pronto, más tarde, tenía que acaecer lo que ha acecido.

Era un águila que levantaba muy alto el vuelo, para que pudiera descender hasta los escarabajos que se arrastran por la capa de la tierra.

Su palabra de tribuno tuvo el acento de un convencido y cuando enardeció a las masas con el verbo de su elocuencia, sus peroraciones más fogosas tenían el sello de los apóstrofes cultos, expresados con la elevación de los que hablan como si el escenario fuera un ateneo.

Dentro del parlamento no rebasó jamás el límite de la decencia en el lenguaje, y allí donde levantó su voz, siempre para vapular alguna injusticia o para abogar por una causa noble, no recurrió al término tabernario y chocarrero.

Su salida del pretendido partido socialista es su mejor timbre.

Cae como un sol de llamas que se hunde en el abismo.

Sus enemigos, los enemigos de su talento y de su gallardía, creyeron que arrojando lodo a la estatua la mancharían, pero el lodo no ha podido empañar los rasgos vigorosos de la estatua, y el insulto eleva al ciudadano y el legislador por sobre la diatriba y la calumnia.

Palacios, socialista, era un cautivo condenado a vivir como un ruiseñor que se hallara entre gorriones.

Rotos los eslabones de la cadena que lo oprimía, Palacios nace a la admiración y el respeto de los que saben aquilatar las limpias ejecutorias que en él resplandecen.

Su actitud lo coloca entre los raros ejemplares de los argentinos de estos tiempos, que antepone el culto del honor al disfrute de un puesto retribuído con largueza.

La conducta de Palacios ante el partido socialista y renunciando su cargo de diputado, es el triunfo de un carácter y la dignificación de un hombre.

Paso a los que se elevan sobre los demás por tan singulares méritos.

"La Reacción", San Fernando.

EL OBSEQUIO DE LOS CRONISTAS

Los cronistas parlamentarios, señores Pedro Colombo, Manuel López Weigel, Raúl Casariego, Josué Quesada, Julio de Olazabal Pueyrredón, Pacífico Rodríguez Villar, Juan Carlos Martínez, Raúl R. Franchi, Antonio Fernández Peña, José Luis Fernández de la Puente, Armando Maffei, José Pezzi Mendoza, Enrique de Muliá, organizadores de la manifestación que se tributó al Dr. Palacios la noche del 21 de Julio, firmaron un artístico pergamino, como recuerdo de la fiesta.




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 03 03 03 07 014 9